

Partido Nacional Independiente

BOLETIN OFICIAL

No. 7

Enero de 1952

DIRECTORIO

Av. URUGUAY 1324

Tel. 9 40 23

MONTEVIDEO



GUSTAVO GALLINAL

S U M A R I O

- *El propósito de este Boletín*
- *Sesión extraordinaria del Directorio*
- *Sesión extraordinaria del Consejo de Ministros*
- *Mensaje del Poder Ejecutivo*
- *Homenaje de la Cámara de Senadores*
- *Comentarios de la Prensa*
- *Homenaje de la Cámara de Diputados*
- *Discurso en el acto del Sepelio*
- *Homenaje de la Junta Departamental de Montevideo.*



EL PROPOSITO DE ESTE BOLETIN

En las primeras horas del día 23 de diciembre de 1951 el sentimiento nacional y partidario fué sacudido con la dolorosa noticia de la muerte del doctor Gustavo Gallinal. Lo imprevisible e imprevisible del infausto acontecimiento, aumentó la natural consternación que la desaparición de personalidad tan descollante, de tan marcados ascendientes, lógicamente tenía que producir.

Sus familiares lo despidieron, la tarde anterior, con la habitual costumbre de verlo partir para sus tareas.

El Directorio escuchó su enfoque de la política nacional, en su última sesión realizada tres días antes.

La ciudadanía había oído, a pocos días, su verbo potente, ilustrándola en la controversia sobre la contienda cívica constitucional.

Nada en el doctor Gallinal ofrecía el menor atisbo de un alejamiento tan cercano; por el contrario, su físico vigoroso parecía recobrar de las apasionadas luchas que absorbieran toda su vida.

Un mal que le atacaba sigilosamente y al que él no diera importancia, hizo crisis mientras transitaba por una de las calles céntricas de la Capital, en la tarde del 22. Manos generosas lo llevaron al Hospital Maciel, donde no obstante los esfuerzos de la ciencia, falleció en las primeras horas del día siguiente.

Muere el doctor Gallinal a los 63 años de edad, curtidos desde muy temprano por el rigor de la lucha, acrecidos por la pasión con que defendió los ideales que abrazó desde muy joven en los diversos campos en que empezó a expandir sus horizontes. Desde las aulas, como estudiante primero y como profesor después, hasta el empuñar las armas para defender lo que en las aulas había adocinado, cuando la fuerza quiso quebrar la norma de su doctrina democrática.

Poseía un invaluable tesoro en su intelecto, y muere a una edad temprana porque su saber acumulado era una reserva que el país necesitaba para enfrentar las difíciles horas presentes.

El Nacionalismo Independiente, perdió en el doctor Gustavo Gallinal uno de sus agitadores más solicitados, un constructor de indiscutible jerarquía, uno de sus líderes que más había llegado al corazón del Partido.

El país entero pierde a uno de sus grandes conductores cívicos.

Pocas veces un hombre público, militante, de un partido opositor, ha sido despedido de la vida con mayor reconocimiento nacional a su jerarquía. El Gobierno de la República decretó los máximos honores que la Constitución establece para honrar en la muerte a sus grandes ciudadanos.

El pueblo, la prensa y los partidos, unánimemente acompañaron sus despojos. Tras su desaparición física, el Nacionalismo Independiente asume la responsabilidad de seguir el ejemplo de su conducta y debe al conductor un homenaje, para el que el material aquí reunido puede ser un anticipo. No otra finalidad tiene esta publicación.

El Directorio resolvió reunir en un folleto todos los discursos y homenajes rendidos al estadista correligionario. De su lectura resultará evocada la personalidad del doctor Gallinal en la multiplicidad de sus inquietudes y de sus virtudes, mejor que si lo hubiéramos pretendido retratar en este breve prólogo.

de Ministros, para una sesión extraordinaria con el fin de honrar la memoria de un ilustre ciudadano.

En horas del mediodía se reunió el Cuerpo, bajo la presidencia del Primer Magistrado, don Andrés Martínez Trueba, asistiendo los señores Ministros de Hacienda, Dr. Héctor Álvarez Cima; de Instrucción Pública y Previsión Social, Dr. Eduardo Blanco Acevedo; de Ganadería y Agricultura, Dr. Luis Alberto Brause; del Interior, don Juan F. Gulchón; de Industrias y Trabajo, Dr. José G. Lissidini; de Obras Públicas, ingeniero Manuel Rodríguez Correa, y de Salud Pública, Dr. Carlos A. Viana Aranguren. Excusaron su inasistencia, por encontrarse fuera de la capital, los señores Ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa Nacional, Dr. Alberto Domínguez Cámpera y Don Celis Ortiz, respectivamente.

Al iniciarse el acto, el señor Presidente de la República manifestó que el Consejo de Ministros había sido citado para esta sesión extraordinaria, con motivo del fallecimiento del doctor Gustavo Gallinal. Señaló el Primer Magistrado que el doctor Gallinal había tenido una actuación pública totalmente conocida por el país entero. Fué miembro del Poder Ejecutivo en el ex-Consejo Nacional de Administración, Diputado, Senador, Ministro de Estado; las más altas dignidades públicas le fueron entregadas por la ciudadanía, en reconocimiento a sus virtudes ciudadanas, a su talento y a su capacidad. En todas las actividades que cumplió el doctor Gallinal dejó una huella permanente de su nobleza de espíritu, de su elevada inteligencia y de su hombría de bien. Fué un legislador activo, capaz, dinámico, estudió con prolijidad los más grandes problemas nacionales para los que siempre encontró las soluciones más atinadas. Fué, también, Ministro de Ganadería y Agricultura y en este cargo dejó la impronta de su actividad y de su conocimiento en los problemas rurales del país.

Posteriormente al desempeño de dicha Cartera, intervino en algunas operaciones de gran importancia para la economía nacional, presidiendo la delegación que en su oportunidad concurrió a Londres para obtener la liquidación de los fondos bloqueados durante la guerra y su inversión para adquirir algunos servicios públicos vitales, como los Ferrocarriles, Tranvías y las Aguas Corrientes, que actualmente forman parte del patrimonio nacional.

En política, fué el Dr. Gallinal un luchador incansable; hombre de carácter entero, procedió en todo momento con gran corrección y respeto por el adversario, actitudes éstas, que siempre le valieron un profundo respeto de sus oponentes. Fué un adversario leal, noble; no recurrió jamás a las armas inferiores de la lucha política. Ultimamente, en el problema que se planteó con motivo de la Reforma Constitucional, el Dr. Gallinal, quien en un principio no era partidario de las soluciones propuestas, procedió, después, con una gran lealtad hacia el país; no se ofuscó, ni se aferró a posiciones primeras, ni tuvo resistencia irreductible para admitir lo que pudiera ser materia de estudio o que pudiera servirle para rectificar su primitiva posición.

Colaboró así, en el estudio de la Reforma Constitucional, con inteligencia, y buena voluntad, procurando darle al país la solución mejor.

Por todas estas razones el país debe rendirle en oportunidad de su desaparición, los más altos honores que se tributan a los ciudadanos que han prestado grandes servicios al país. Propuso, en consecuencia, que el Consejo de Ministros se pusiera breves momentos de pie, en homenaje a quien ocupó tan altos cargos en la República, lo que así se hizo.

Además, sugirió que se le envié a sus deudos una nota de condolencia y una ofrenda floral en nombre del Poder Ejecutivo y que se interrumpa el receso parlamentario, convocando a la Asamblea General, para solicitarle que se le rindan al ciudadano desaparecido honores de Presidente de la República. También hizo moción para que el señor Ministro del Interior hiciera uso de la palabra en nombre del Gobierno en el acto del sepelio de sus restos.

Palabras del Dr. Lissidini. — Los homenajes propuestos por el Primer Magistrado fueron unánimemente compartidos, haciéndose luego uso de la palabra el señor Ministro de Industrias y Trabajo, quien expresó que adhería íntegramente a las mociones del señor Presidente Martínez Trueba y a los conceptos por él emitidos con respecto a la personalidad del extinto. Indudablemente, señaló, este ciudadano ha enriquecido la vida política y cívica nacional. Muchas veces, dijo, ha expresado este mismo concepto: lo más difícil que hay en política, es superar las pasiones de índole partidaria para conseguir que el debilitamiento de éstas permita ver con claridad los problemas que afectan y preocupan a la sociedad que se gobierna.

El Dr. Gallinal —prosiguió diciendo—, había llegado a esta superación por su calidad espiritual y mediante una clara espontaneidad. Recordó que hace dos o tres noches se había encontrado con él teniendo oportunidad entonces de departir durante un largo rato a propósito de los problemas que surgen del reciente plebiscito de ratificación constitucional. Sus manifestaciones fueron tan sobrias, tan medidas, de tal sentido de honradez cívica y política, que, en realidad, le hicieron ver los aspectos del problema en una forma en que no lo había imaginado. Eso le ha llevado en este momento a dar a conocer a la República y al Gobierno, lo que pensaba del Dr. Gallinal: Que enriquecía la vida política del país. Dijo que entendía que todos los hombres que actúan en política, cuando lo hacen con el sentido con que él lo ha hecho, prestan a la organización social una extraordinaria utilidad. Los que pensábamos de determinada manera y propugnábamos porque ella se plasmara en realidad, no debemos olvidar que los que piensan de otra manera, pero también con honradez, contribuyen a que esa verdad, que debe realizarse, aparezca más desprovista de error y por lo tanto, a que sea mejor.

El Dr. Gallinal era de esos hombres, y creo que con él el país ha perdido uno de sus valores realmente extraordinarios, por su honradez cívica e intelectual, por el conocimiento que tenía de los negocios del país, por lo que nos era dable esperar de su talento, pues hoy, desde su banca de senador, sus conceptos habrían de ser muy útiles para la buena marcha de la República. De manera que, el día de su muerte es un día de duelo nacional, y por tam-

to, se adhiera, sin vacilaciones a las expresiones del señor Presidente de la República y a los honores por él propuestos.

Conceptos del Ing. Rodríguez Correa. — El Ing. Rodríguez Correa, expresó a continuación, que también deseaba adherir tanto a las manifestaciones del Primer Magistrado, como a las del señor Ministro de Industrias y Trabajo. Cree que, en realidad, el doctor Gallinal era de los hombres que prestigiaban la política nacional y que, como muy bien lo destacó el doctor Lissidini, había actuado siempre, fundamentalmente con honradez, siguiendo normas principistas, haciendo honor con su actuación, a las instituciones, al país y a lo que es la política, al arte de gobernar.

Fué un hombre de extraordinaria capacidad y gran talento. Pudo haber puesto esas condiciones al servicio de su interés particular; sin embargo, las volcó totalmente al servicio del interés general, falleciendo hoy pobre, pero enriquecido por todas las virtudes de un ciudadano ejemplar.

Habla el señor Guichón. — El señor Ministro del Interior, dijo, que deseaba expresar que, también compartía todos y cada uno de los conceptos emitidos. Cree que después de la ajustada semblanza que de la personalidad eminente del doctor Gustavo Gallinal trazó el señor Presidente de la República, y las expresiones que han vertido los señores Ministros que le precedieron en el uso de la palabra, hay poco que agregar. Prosiguió diciendo el señor Ministro del Interior lo siguiente: Todos los que tuvimos la fortuna de sentir de cerca la acción trascendente de este excepcional hombre público, sabemos de su valía. Era uno de los estadistas más completos; era un hombre de Gobierno, que abarcaba en todas sus proyecciones la totalidad de los problemas, medía todas sus repercusiones y se expresaba, como lo ha destacado tan admirablemente el señor Ministro de Industrias y Trabajo, como un auténtico artífice de la palabra. Además, era el hombre en el sentido más alto y más bello de la expresión, el hombre cabal. En la hora de la prueba, cuando sus convicciones democráticas le exigieron el sacrificio, él lo afrontó con sencillez pero insuperable dignidad.

Por todas estas razones, finalizó diciendo el señor Ministro Guichón, que adhería emocionado a los homenajes que se han proyectado.

Del doctor Brause. — El señor Ministro de Ganadería y Agricultura, doctor Luis A. Brause, dejó expresa constancia de la emoción que ha sentido al conocer la inesperada pérdida de este gran ciudadano y de su adhesión total a las acertadas manifestaciones del señor Presidente de la República y de los colegas al referirse a las altas virtudes morales e intelectuales del destacado compatriota desaparecido.

Como Ministro de Ganadería y Agricultura, dijo que deseaba, además, dejar constancia que conocía bien de cerca el acierto de la gestión de quien había sido brillante titular de la Cartera.

El país ha perdido a un gran ciudadano, así como también la intelectualidad nacional frente a esta inesperada desaparición.

Adhesión del Ministro de Salud Pública. — El señor Ministro de Salud Pública, adhirió, igualmente a los homenajes propuestos al extinto doctor Gus-

tavo Gallinal, hombre que en su vida supo siempre actuar con altura, sabiendo llevar toda la jerarquía de la honestidad, talento y trabajo.

Después de las ajustadas palabras del señor Presidente y de los señores Ministros, no se pueden hacer más consideraciones que las de aceptar que el doctor Gallinal fué uno de los hombres que honró a la sociedad.

Habla el doctor Alvarez Cima. — A su vez, el señor Ministro de Hacienda manifestó que adhería totalmente a los conceptos del señor Presidente de la República y de los señores Ministros, vertidos con motivo de la inesperada desaparición del doctor Gustavo Gallinal, así como a los diversos homenajes proyectados en su memoria.

Del doctor Blanco Acevedo. — Seguidamente habló el doctor Blanco Acevedo, quien manifestó que compartía totalmente las expresiones formuladas por el señor Presidente de la República y los señores Ministros. Pero, agregó, en su carácter de titular de la Cartera de Instrucción Pública y Previsión Social, deseaba subrayar la extraordinaria figura del doctor Gustavo Gallinal, en el plano de la cultura, como escritor, como hombre de letras, historiador, orador y profesor.

Prosiguió diciendo el doctor Blanco Acevedo, que independientemente de los elevados conceptos que vertía de este ilustre ciudadano, cuando hacía uso de la palabra en el Senado de la República, le fué dable observar y decirse a él mismo, la perfección con que construía sus frases, a tal punto que puede decirse que no tenía ninguna necesidad de que sus versiones taquigráficas fueran corregidas. Eso solamente puede llegarse a realizar por quien tiene un extraordinario dominio de la expresión, por haber sido en la cátedra un gran profesor, y, también, por un profundo conocimiento de la expresión sintética del concepto acabado de la evocación de cada cita exacta y precisa. Si se analizaba el curso de su oratoria, se pensaba en el hombre que ponía al servicio de su ideal político una extraordinaria capacidad y una amplia cultura. Traducía así, no solamente en el sentido de sus conceptos, sino en la forma en que ellos eran expresados, una verdadera lección, bien perceptible, por lo que, se le oía siempre con respetuosa consideración.

EL MENSAJE PROPONE HONORES DE PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Poder Ejecutivo.

Ministerio del Interior.

Montevideo, 24 de diciembre de 1951.

A la Asamblea General:

La República pierde, con la desaparición física del doctor Gustavo Gallinal, a uno de sus hijos más preclaros.

Constituyente, Diputado, Senador, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, Ministro de Estado, Consejero Nacional, honró la función pública

con su talento esclarecido y su inflexible probidad moral.

En el campo de la cultura, ocupó también posición de primer plano. Escritor eminente y profesor de acendrada vocación deja, de su paso por las aulas y el mundo de las letras, una obra en consonancia con su extraordinaria personalidad.

Enalteció la tribuna partidaria elevándola a la jerarquía de cátedra de alta cultura política.

En la hora de prueba para sus convicciones democráticas, afrontó la situación con insuperable dignidad.

Fué el doctor Gallinal uno de los hombres públicos más completos. Artífice de la palabra hablada o escrita, se expresó siempre con la suprema elegancia espiritual de quien hace un culto de la belleza en la forma y en la esencia. Lo cual era índice de su profunda armonía interior.

Este ciudadano ejemplar fué también ejemplar jefe de familia.

Su talento, su cultura y su carácter, no supieron de desfallecimientos. En todas las disciplinas del espíritu estuvo siempre en ascenso, en permanente superación.

La muerte lo sorprendió en la plenitud de su talento, su cultura y su energía moral. Maduro para grandes realizaciones. Cuando tanto era dable esperar de su excepcional capacidad para el bien. Y lo sorprende en austera pobreza, como corresponde a quien, imbuido del sentimiento profundo de la solidaridad humana, sacrificó lo individual a lo social, el interés personal a los altos y permanentes intereses colectivos.

Afrontó la muerte, envuelto en la ternura acogedora de los suyos, con serenidad socrática, con esa serenidad inalterable que fué el signo de su alta jerarquía espiritual. Dictó a sus conciudadanos, con el ejemplo de su vida, una lección magistral.

Por todas estas razones, sintéticamente expuestas, el Poder Ejecutivo somete a consideración del Parlamento el adjunto proyecto de ley, por el cual se propone se le rindan, a los restos de tan preclaro compatriota, honores de Presidente de la República.

Con este motivo, el Poder Ejecutivo presenta a la Asamblea General los sentimientos de su mayor consideración. — **Andrés Martínez Trueba.** — Juan F. Guichón.

TODOS LOS SECTORES PARLAMENTARIOS EXALTARON LA PERSONALIDAD DEL DOCTOR GALLINAL

EL SENADO

El Senado se reunió extraordinariamente para considerar el Mensaje del Poder Ejecutivo. - Legisladores de todos los sectores de ese Cuerpo Legislativo se refirieron a la personalidad del ilustre correligionario desaparecido

Doctor Rodríguez Larreta. — Señor Presidente: Pido perdón al Senado si soy incapaz de trazar un panegírico objetivo sobre la personalidad de este ilustre muerto. Junto a su banca vacía y recorriendo con la memoria tantas

jornadas vividas en común, sólo me siento capaz de amontonar algunas frases desordenadas por la emoción.

Ha sido por cierto, una triste misión la mía, la de despedir con pocos años de distancia, a mis dos compañeros de banca en el Senado que fueron, también, por singular coincidencia, compañeros en los bancos de la Universidad y en infinitas alternativas de la vida, coronadas más veces por la derrota que por el triunfo. Siento como si con ellos se estuviera yendo una parte de mi propia vida.

Si se deseara trazar, en pocos rasgos, la personalidad de Gustavo Gallinal, yo diría que se confundían en él la fe religiosa, un exquisito sentido literario, y la pasión por la libertad.

Pudo ser Gallinal un príncipe de la oratoria sagrada a lo Bossuet; tenía su tono y su inspiración. Pudo ser un escritor exquisito que reviviera las páginas luminosas de Rodó; pero como a tantos en nuestro país, la espiral de la política lo absorbió y fué, sobre todas las cosas, un luchador por las grandes causas, un apasionado defensor de ideales, con resonancias de púlpito y con impecable sentido estético. Incluso en los momentos más azarosos, su voz transcendía serenidad, logrando a la vez convencer y conmover.

Tuve el singular privilegio de vivir junto a ese espíritu esclarecido horas bien difíciles. Su calma me desconcertaba. Estaba más sereno, más filosófico, más equilibrado, cuando paseaba su destierro, durante dos años, por las calles de Buenos Aires, soportando dificultades con serenidad estoica y admirable desdén de los bienes materiales que cuando, en un momento breve de su vida, alcanzó altas posiciones y compartió el Gobierno de la República.

No lo ví exultante en el triunfo ni amedrentado ante la derrota. Cuando lo veíamos pasear por las calles de Montevideo, magro y enjuto, como una figura del Greco, con ese su aire extraviado, no distraído, sino abstraído, eran sus sueños y sus preocupaciones las que lo absorbían; parecía pensar mejor en la calle, recibiendo el hálito de la multitud.

La última vez que lo oí hablar en el directorio de mi partido político, no hace aún tres días, frente a un momento delicado de la política nacional, oí palabras en él de una claridad, de un equilibrio, de una firmeza de rumbos, de un sentido de responsabilidad tan preciso, que pensé en ese momento: Este hombre se está superando y ha de llegar a ser un estadista extraordinario, negado tres veces, como todos los grandes.

Y bien; todo esto, señores, se nos ha ido; se nos ha ido en un zarpazo aleve de la suerte, sin preparación. Puede imaginar el Senado cuál es nuestra desolación, nuestra amargura y no diré nuestra protesta porque a él no le gustaría escuchar esa palabra. Se nos ha ido el guía, en horas de tempestad. Que su recuerdo nos ilumine para encontrar el camino más limpio, para conquistar para la República el definitivo afianzamiento de sus instituciones libres.

Señor Antonio Rubio. — Debo rogarle al Senado que disculpe mi intervención, seguramente detonante con los términos justicieros en que se expresa el mensaje del Poder Ejecutivo, y con las palabras elocuentes que se han

"La verdad está en la sentencia en que el segundo Fausto resume la experiencia de su sabiduría: sólo es digno de la libertad y de la vida el que las conquista todos los días con su esfuerzo."

Señor Presidente: Repito, que he querido recordar la compañía, en momento efímero, pero duro de la vida nacional, de este gran ciudadano que con ese concepto llevado a la práctica desarrolló su acción política, tanto en aquella actuación de duración efímera, como en todos los actos de su vida pública.

Por la nobleza de sus inspiraciones, por la hidalguía de su conducta, por la sinceridad con que sirvió estos ideales, el doctor Gallinal merece el homenaje que ha proyectado el Poder Ejecutivo, y que cuenta con el apoyo de todos los ciudadanos.

He querido agregar estas palabras, señor Presidente, repito, al sólo efecto de que estas páginas que pueden haber sido olvidadas, o caer en un próximo futuro en el olvido, queden estampadas en los anales del Parlamento como una expresión del pensamiento íntimo de este gran ciudadano desaparecido.

Nada más.

(¡Muy bien!).

Doctor Vicente Chiarino. — Profundamente consternado, quiero sumar mi voz a la de los señores senadores que marcan su dolor frente a la desaparición tan inesperada de este ilustre colega.

Estamos experimentando una verdadera sensación de dolor colectivo en la República, y, no podía ser de otra manera, cuando un hombre de las condiciones de Gustavo Gallinal, en forma tan inesperada y sorpresiva, ha abandonado de golpe sus posiciones de gobierno.

Integraba una generación excepcional que ha dado al país un grupo selectísimo de hombres que han descollado en la política, en el foro, en la docencia, en obras de pensamiento, en acción forjadora de un porvenir; y, con haber integrado una generación tan excepcional; creo que no se exagera cuando se dice que uno de los hombres más prominentes de esa generación fué Gustavo Gallinal.

Poseía una alta intelectualidad, con la que descolló entre los más puros valores de nuestro país. Era hombre de letras y escritor auténtico, que tenía la fluidez oratoria de una galanura sin afectaciones ni retóricas; fué historiador, crítico, literario, humanista, publicista y fué también jurista distinguido, de prestigioso linaje. Pudo elegir entre cualquiera de sus vocaciones, que las tenía y profundas, para llegar a sobresalir en nuestro ambiente, en las disciplinas y en las actividades que precisamente no son de las que cuentan con mayores cultores; pero prefirió la lucha ardiente, impropia, el combate rudo de la arena política, tan lleno de dificultades, tan lleno de sinsabores, cuando a ella se llega con principios y con conducta.

Por eso, señor Presidente, creo que cuando en este país —y ha de llegar ese día—, se escriba la historia que vindique al político cabal que tiene en nuestro medio tan claros ejemplos de austeridad, de sacrificios y de nobleza, por encima de cierta mediocridad opaca, frívola o materialista y siempre de-

leznable, el nombre de Gustavo Gallinal, en esa historia que reivindique la actuación pública de los hombres, ha de tener seguramente un lugar de excepción, en la primera línea.

Fué, Gustavo Gallinal, un ciudadano de gran dignidad cívica. No buscó la línea de menor resistencia y fué un apasionado defensor de sus ideales, bajo cierta bonhomía displicente y cordial, pero demostró ese principismo y ese apasionamiento en las horas oscuras de las claudicaciones o en los momentos inciertos de los eclipses institucionales. Allí se jugó Gallinal valientemente; fué un demócrata total, de principios enhiestos que estaban afirmados en una conducta y en una acción sin titubeos, que puso de relieve, precisamente, en los momentos difíciles de la historia patria que tuvo que vivir.

Ocupó altos cargos en el gobierno del país, en las esferas parlamentarias, siempre con capacidad, con rectitud y con honor. Fué un parlamentario brillante, sagaz y con un gran don de independencia, ajeno a ciertas exigencias que, a veces, vienen de la calle.

Fué un hombre de Estado, con estatura propia, que demostró, a lo largo de su acción, a lo que pudo haber llegado si la vida se hubiese podido prolongar.

Fué, para mí, y lo destaco —comprenderá el Senado la razón íntima que me mueve—, un cristiano de profunda fe religiosa, que desentrañó el sentido íntimo del evangelio y lo volcó, en ademán fraternal, en su paso por la vida.

Destaco de esa vida de cristiano fervoroso, dos episodios culminantes: el momento en que vió partir un hijo de su numerosa familia hacia el apostolado sacerdotal que él alentó gozosa y paternalmente y que sirvió, seguramente, a lo largo de sus luchas, de sus preocupaciones y sus amarguras, propias de la vida que tuvo Gustavo Gallinal, como un motivo permanente de serenidad y de paz. Y, el otro, el otro momento culminante, fué, señor Presidente, el instante supremo que la proximidad de la muerte fija a cada hombre, que él sintió con una total lucidez y que lo llevó a reclamar insistentemente la asistencia religiosa, que recibió.

Ese es el ciudadano, tal como yo lo veo, que ha desaparecido en forma tan repentina, que nos conmueve profundamente.

Integraba una familia que había dado muy altos valores al país y siguió el ejemplo de uno de ellos, de su ilustre padre.

Se ha callado en el Senado, una gran voz; una voz que a mí me parece era de las que oíamos con más gusto y con más respeto.

El Partido Nacional Independiente pierde a uno de sus dirigentes más egrerios. El país entero sufre la pérdida de uno de sus hijos más esclarecidos, y aunque se trata de una vida colmada, porque fué una vida de plenitud, es, sin embargo, una vida trunca.

Se ha escrito, y parece dicho para la vida de Gustavo Gallinal, que a veces la desaparición de ciertos hombres se lamenta no sólo por lo que hicieron, sino por lo que pudieron hacer aún, por su contenido virtual, y se ha agregado que es la tragedia de la columna truncada, de la oportunidad no lograda, es el corcel triunfal que cae al llegar frente a las tribunas clamorosas,

es Napoleón muerto en el puente de Arcole.

Siento esto como una verdad, frente a la vida de Gustavo Gallinal, y sumo mi emoción a la de los señores senadores, al perder del lado nuestro a tan ilustre colega y percibo que el tránsito lo cumplió Gallinal en medio de un gran respeto, de un admirativo homenaje y bajo la claridad resplandeciente de una fe colmada de grandes esperanzas.

He terminado.

Señor Aquiles Espalter. — El señor Espalter se expresó en los siguientes términos:

Difícil, por no decir imposible, seguir el tono de las magníficas improvisaciones de los señores senadores doctores Rodríguez Larreta y Chiarino.

He de limitarme, señor Presidente, a decir, pero a decirlo sintiéndolo íntimamente, que Gustavo Gallinal fué, sin lugar a dudas, un gran jurisconsulto, fué un gran publicista, fué un profesor dilecto, fué un político, rector del Partido en el que militó; político apasionado pero en quien la pasión era una virtud, no sólo porque era el producto de su excelsa sinceridad, sino también porque estaba al servicio de los grandes ideales que él entendía eran los mejores y marcaron, sin declinaciones, la trayectoria de toda su vida.

Es indudable, señor Presidente, que con la muerte de Gallinal la República pierde a un gran ciudadano, la cultura a un gran humanista, las letras a un historiador y literato de excepción y nosotros, aquí, en el Senado, a uno de los mejores entre todos.

Sinceramente emocionado, señor Presidente, a la de todos, unimos nuestra congoja y adherimos sin retaceos al homenaje votado y a los homenajes que se propongan a su memoria.

Nada más.

Doctor Felipe Ferreiro. — Señor Presidente: El Senado acaba de perder a uno de sus miembros más eminentes. Lo era —en mi concepto— el doctor Gustavo Gallinal, por la opulencia de su talento, por la variedad deslumbrante de su cultura —entre nosotros de excepción— y finalmente valorada su personalidad desde el punto de vista político, por la alta jerarquía que libremente le confirieron sus correligionarios y camaradas de sinsabores y luchas cívicas.

Yo conocí personalmente y comencé a frecuentar el trato de nuestro ilustre colega, ya hoy infortunadamente desaparecido, hace más de treinta años. Era para mí la época de "el bozo en flor y el pájaro en el alma", según la caracterización maravillosa del poeta. Gallinal, que me llevaba algunos años y que ya gozaba el privilegio de haberse pasado más de un par de ellos viajando por Europa, guiado siempre en sus rutas por el nobilísimo afán de aprendizaje y de perfeccionamiento intelectual, me dispensó desde muy pronto su buena amistad. Concordaban nuestras aficiones. Nos atraían igualmente los estudios e investigaciones de historia y muchas veces entonces, en el ambiente recoleto del Instituto, reunidos con Dardo Estrada y Mario Falcao Espalter, inolvidables amigos, gastábamos el tiempo en charlas sabrosas y prolifas en torno a un motivo cualquiera del pasado. En esas tenidas cuyo

recuerdo ya lejano no puedo evocar sin profunda emoción, ponía Gallinal los toques característicos de su temperamento vehemente, al par que las demostraciones más claras de un fino espíritu de observación.

Después nos llegó a todos la hora de hacer vida política y tomar intervención en la actividad pública. Cada uno siguió su rumbo según los imperativos de su propia conciencia. Circunstancias que no contribuimos a crear ni él ni yo, por lo menos intencionalmente, provocaron un alejamiento recíproco, que no fué óbice, sin embargo, para que perdurase la mutua consideración, nutrida por los sanos jugos de la juventud.

Fué el doctor Gallinal un militante político ardoroso y combativo; un irreprochable republicano, un legislador laborioso y bien provisto de doctrina y sentido parlamentario.

La patria lo pierde cuando todavía teníamos derecho a la esperanza de muchos frutos más de su esclarecido talento.

Hace aún poco tiempo me expresaba el doctor Gallinal en conversación privada, que era su propósito clausurar, al finalizar esta Legislatura, su vida política, para consagrarse nuevamente y esta vez, en forma exclusiva, a la tarea literaria, que abandonó un día sin quererlo, pues era la de su más definida vocación.

Lo irreparable truncó ese dulce proyecto. Bien se ha dicho que: "El hombre propone y Dios dispone".

Señor Presidente: En nombre del sector a que pertenezco, despido conternado, con toda mi emoción, al ilustre colega que acabamos de perder.

Escribano Ledo Arroyo Torres. — Temo mucho que la emoción que me embarga, que es la emoción de la bancada batllista y de todo el Senado, me impida expresar con precisión el sentimiento de mi Partido.

El Senado ha perdido un hombre que le daba jerarquía y honró, como dió jerarquía y honró a cualquier institución de la que formara parte.

Fué nuestro adversario político en la mayor parte del trayecto de su vida, aunque nos encontramos en momentos cruciales de la República, en un campo común, cuando nos jugamos y creímos que estaba en juego el destino de nuestra libertad y el destino de la democracia uruguayá.

Pero no deja de ser reconfortante y enaltecedor, que un Partido como mi Partido, que debió encontrarlo tantas veces en campo opuesto, se incline con el dolor y el respeto que se inclina hoy, ante la pérdida que ha sufrido nuestra República.

Bien se ha dicho que el doctor Gallinal tuvo una capacidad múltiple: honró la cátedra de literatura de la Universidad; honró la cátedra de Derecho Laboral de la Facultad de Derecho; fué un publicista, fué un estadista; ocupó los más diversos cargos, llamándonos siempre la atención por su excepcional condición para abocarse a la resolución de los más complejos y difíciles problemas de la República.

Pudo ser un literato, y queda ahí parte de su producción literaria; pudo ser un profesor de la Facultad de Derecho que honrara a nuestra Facultad; pudo ser un historiador, ya que tenía verdadera vocación por la historia; y

pudo ejercer la abogacía con gran eficacia y resolver el problema de su poderío económico. Nada hizo en sentido definitivo en esas disciplinas, pero, hubo una, que la colmó totalmente, en que su vida llegó a grados de plenitud: me refiero a esa conducta inalterablemente mantenida durante toda su vida, al servicio de la democracia uruguaya.

En la última sesión que realizamos en el Senado de la República, en una pequeña reunión de intimidad con el doctor Gallinal y los doctores Bayley y Forteza, decía el doctor Gallinal: "Yo tengo verdadera vocación por el ejercicio de mi carrera. La carrera de la abogacía nos retribuye en forma generosa. Podría decir que yo he ejercido la abogacía casi en forma transitoria. No obstante eso, tengo el convencimiento de que si yo atendiera mi bufete de abogado con alguna pequeña dedicación, podría fácilmente almacenar una pequeña fortuna. Pero, qué vale —eran las palabras del doctor Gallinal, tal vez las últimas palabras que oí de sus labios— el poderío personal, qué vale haber amasado una pequeña fortuna frente a tener la conciencia tranquila por haber dedicado nuestra vida al servicio de la República y de la convivencia social. No estoy arrepentido de haber vivido como lo he hecho, y si me tocara empezar de nuevo la vida, sacrificaría otra vez mis vocaciones literarias, juristas, históricas y la posibilidad del ejercicio de la carrera de abogacía, para dedicarme enteramente al servicio de la República."

Tal el sentido de una vida que se realizó en forma consciente, de la vida de un hombre que si valía mucho por sus condiciones intelectuales, por su excepcional vocación, para mí, el grado más alto está en la vida moral, en la forma consciente en que realizó con plenitud su acción al servicio de nuestra democracia.

Integró los más altos cargos de gobierno; honró el Consejo Nacional de Administración y lo vi, cuando la Presidencia del doctor Amézaga —lo diga ahora— con un poco de asombro, su designación para Ministro de Ganadería y Agricultura, y poco tiempo después pude comprobar que el profesor de literatura y profesor de derecho laboral, literato e historiador, se adaptaba totalmente a las nuevas funciones y resolvía los problemas de nuestra producción agropecuaria con la misma eficacia de los más aptos secretarios de Estado que hemos tenido en esta materia.

A mí me tocó refrendar el decreto por el cual designamos al doctor Gallinal, Presidente de la Comisión que actuó en Londres, para resolver un problema financiero que teníamos con Gran Bretaña. Tuve contacto casi diario, cambiamos constantemente correspondencia con el doctor Gallinal y, nuevamente, pude comprobar cómo el doctor Gallinal en problemas financieros y económicos que no eran de su especialidad, supo servir a la República con una sagacidad y una eficacia como si la Presidencia de la Comisión hubiera estado en manos de nuestros mejores economistas o nuestros más prestigiosos financieristas.

La vida del político tiene sus ingratitudes. El pueblo no siempre comprende el sacrificio que realiza el hombre que se dedica a las funciones públicas y pone su vida, sus afanes, sus emociones, sus ideales, al servicio de la de-

mocracia. Para el pueblo suele ocupar el primer plano todo el oropel de la vida oficial; pero, las victorias, las derrotas, golpean demasiado en nuestra vida, en nuestros sentimientos y en nuestra conciencia, para los que actuamos dentro de la política y ponemos todos nuestros afares para servir la democracia; no está completamente enterado de que muchas veces cunde el desaliento frente a la incomprensión de las masas.

El doctor Gallinal participó, lo ha dicho el señor senador Rodríguez Larreta, de pocas victorias y de muchas derrotas, pero mantuvo siempre una naturalidad y un sentido de firmeza admirables. Tal vez, más que su vocación para la política, más que sus condiciones naturales, más que su sencillez, más que su modestia, había algo que asombraba en Gallinal: era la naturalidad con que él iba a los más altos cargos que podía ofrecerle la República o aceptaba el destierro, la prisión o la derrota, como si fuera algo transitorio, natural y lógico en la vida humana.

En la lucha que él mantuvo en lugar común con el sector batllista en defensa de la democracia y de las libertades públicas, nadie con más naturalidad que Gallinal afrontó aquella lucha y se olvidó de ella como si fuera un pasaje corriente en la vida de un político.

Vuelvo a decir, señor Presidente, que la República pierde a uno de sus ciudadanos más preclaros, que la honró con todos y cada uno de los actos de su vida; que el Partido Batllista se inclina con dolor ante la muerte del doctor Gallinal, y sabemos y tenemos conciencia que ese dolor es dolor colectivo del pueblo uruguayo. El país pierde a un hombre que sirvió con lealtad y honradez a la democracia; pero, es necesario afirmar también, que honró con todos los actos de su vida a esa democracia uruguaya.

He terminado.

Doctor Carlos Manini Ríos. — Señor Presidente: Quiero dejar expresa constancia de nuestra adhesión a los homenajes que se tributarán a la memoria de nuestro compañero de Senado, el doctor Gustavo Gallinal.

El sábado mismo, cerca del mediodía, lo encontré en ese deambular habitual de él, en la calle 25 de Mayo, y estuvimos conversando sobre recientes sucesos políticos, y con esa grandeza de alma que tenía el doctor Gallinal, con esa modestia en los juicios más certeros, dejó en mi ánimo una profunda impresión el resultado de esa conversación, cuando, pocas horas más tarde, me enteré con profundo dolor que había sido víctima de ese ataque cardíaco.

El doctor Gallinal, en una larga vida política, a pesar de su juventud, demostró siempre esa grandeza espiritual que lo caracterizaba y que unía a una cultura humanística extraordinaria, una inteligencia que le permitía, como señalaba muy bien el señor senador Arroyo Torres, abarcar todos los problemas, incluso los que no eran de su especialización, y encontrarle los caminos de las buenas soluciones, y una recatada dignidad para sobrellevar no solamente las molestias, las penurias o las dificultades que tienen, a veces, las contingencias políticas, sino las propias dificultades, los disgustos o penurias de orden personal.

En ese sentido, el doctor Gallinal fué un ejemplo en nuestro país, para varias generaciones.

Nosotros no queremos en esta hora tan dolorosa, dejar de decir nuestra palabra de adhesión y nuestra más profunda condolencia para el Partido Nacional Independiente, que pierde con él a uno de los más conspicuos y más puros valores.

Nada más.

Doctor Roberto Berro. — El Senador Berro presentó las siguientes mociones:

El Senado ha votado unánimemente el Mensaje enviado por el Poder Ejecutivo. Hemos oído, además, las oraciones extraordinariamente sinceras y emocionadas pronunciadas por senadores de todos los sectores; pero, señor Presidente, falta algo: falta el homenaje de nuestro propio Cuerpo, que, a mi juicio, debía concretarse así.

En primer lugar, ponemos de pie en homenaje a la figura ilustre y querida del doctor Gustavo Gallinal; en segundo lugar, enviar a su digna compañera, las palabras que aquí se han pronunciado y que tanto honran al colega desaparecido; en tercer lugar, que el Senado resuelva costear los gastos que demande el sepelio de ese brillante senador, que ha jerarquizado el Cuerpo; y en cuarto lugar, debo decir breves palabras, a fin de que pasen al Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social.

Dice el Mensaje —y es verdad— que el doctor Gallinal muere en austera pobreza. Y bien, señor Presidente, a un hogar que cumplió tan bien con los deberes de la vida, el doctor Gallinal y su compañera dejan once hijos al pueblo uruguayo. No podemos permitir que esta digna compañera del senador desaparecido sufra los dolores de la pobreza, y tal vez de la miseria.

Entiendo, que el Ministerio de Instrucción Pública —ya que el Senado no lo puede hacer— debe estudiar la manera decorosa de reparar esa situación y hasta cumplir con la Constitución de la República, que dispone que las familias numerosas merecen el respeto y el bien del Estado.

El Senado aprobó el Mensaje del Poder Ejecutivo, y lo remitió a la Cámara de Diputados.

COMO SE REFIRIO LA PRENSA AL DUELO NACIONAL

"El País"

Ha muerto una figura representativa de la patria. De aquellas que le dieron lustre con su pluma, con su palabra, con su acción abnegada, con su visión constructiva, con la prestancia de su espíritu, y con la noble pureza de sus sentimientos.

Abogado, publicista, catedrático, historiador, político, diplomático, hombre de letras, legislador, ministro, consejero, Gustavo Gallinal —apto para todas las aptitudes— vivió y murió consubstanciado con su país. Apenóse con sus culpas, se regocijó con sus venturas, se afaná por sus progresos, se enor-

gulleció con sus triunfos, se inmoló por sus derechos.

Pocos ciudadanos como él entraron a la arena política con tan insigne bagaje de ilustración, y tan nutrido caudal de condiciones para el triunfo. Pero como en la escena de la vida pública la gritería de los exaltados ahoga el razonamiento de los prudentes, y la garrulería de los demagogos sofoca la lógica reflexiva de los entendidos, Gustavo Gallinal recogió tantas espinas como laureles en su cosecha cívica de labrador infatigable.

Mirándolo avanzar quebrantado por el peso de sus preocupaciones ciudadanas, como encorvado bajo el encanto de una obsesión, se presentían las tormentas que conmovían el corazón que ha cesado de latir.

Apartándose de la vida pública hubiera triunfado rotundamente en el arte de las letras, en la ciencia de la historia, en su buffet de abogado prestigioso, en cualquier otra actividad más sedante y sedentaria. Pero como bajo sus modales —pomposamente graves y serenos— ardía un alma de tribuno, prefirió la vida activa y altiva de los Gracos, a la mediocre y placentera existencia de los patricios romanos cuyas túnicas no se arrugaron jamás en los tumultos del foro.

Lo perdemos en la plenitud de su vigoroso intelecto, cuando treinta y cinco años de luchas habían modelado y completado su personalidad.

Su vida pública, a pesar de sus notorios sinsabores, transcurrió entre dos victorias. Se inició en la campaña que culminó en las elecciones del 30 de julio de 1916; y se cerró en el plebiscito del 16 de diciembre de 1951. Entre ambas fechas fué constituyente, tres veces representante por el departamento de Soriano, una vez diputado por Montevideo, senador, ministro, embajador, consejero nacional un mes, preso y desterrado político.

La influencia hereditaria, las enseñanzas recogidas en la casa paterna —donde el decoro político constituía un culto tan austero como el de la tradición religiosa y familiar, impregnaron su alma de una exquisita sensibilidad ciudadana.

A esta altura de su vida, después de haber actuado, luchado, sufrido, enriquecido sus dotes naturales y conquistado la consideración de los núcleos más distintos de la sociedad, podemos decir con certeza que Gustavo Gallinal no defraudó ninguna de las promesas de su juventud.

Era un estadista de primera fila, al que se le podían confiar —sin vacilaciones— los intereses públicos. Muy pocos serían capaces de atenderlos con su versada competencia. Nadie con más abnegado desinterés y más escrupulosa rectitud.

Su prosa limpia y atildada trazó páginas primorosas, en las que un castellano con sabor arcaico campeaba flexible estudiando y juzgando hombres, obras y sucesos. Desdichadamente para la literatura nacional, el cultor de las bellas letras tuvo que ceder su lugar al político militante que hizo de su fe partidista y democrática, la vocación exclusivista de sus postreros años. La última de sus obras, "El Uruguay hacia la dictadura", es un alegato brioso contra el régimen de fuerza inaugurado en 1933. Por primera vez, Gustavo Gallinal, utiliza en ese libro una ironía suave y discreta que vigoriza sus ju-

cios y clarifica sus serenos comentarios. Las últimas palabras con que cierra el tomo son la clave para descifrar su vida: "La libertad y el derecho —dice— nunca bajaron al pueblo como dádivas de lo alto. Acaso nada les confiera tan alto valor humano como la suma de esfuerzos y sacrificios que su conquista exige"...

En esa tarea ruda y fatigosa de recimentar el derecho y la libertad lo sorprendió la muerte. Ha caído en su ley.

En más de un período miembro y presidente del Directorio Nacionalista Independiente, fué uno de los leaders que aceptaron como fatal lá división del nacionalismo histórico veinte años atrás. Hoy, pese a creer prematura la reconciliación integral de la vieja colectividad histórica, volvió a ser leader para defender en 1950 las uniones departamentales y para sostener en 1951 las ventajas de la Constitución reformada. En ambas ocasiones, en verbo inspirado puso tal acento de convicción, que sus palabras llegaron al alma de muchos irreductibles compañeros de causa. Pocas veces estuvo más lúcida su inteligencia. Sólo en los días funestos de 1933 le vimos reclamar con más decisión sus responsabilidades.

Puso siempre tal dignidad en su palabra emocionada que nunca, ni en los años oscuros del ostracismo y la persecución, le oímos zaherir a sus enemigos con las armas de la mordacidad y el sarcasmo. Revestido de una solemne compostura, su gesto y sus palabras —calentadas por la convicción— iban a herir el sentimiento del auditorio.

El pueblo —al que no aduló jamás— podrá no interpretar todo el sentido de esta vida abnegada y luminosa que concluye; como una columna que se trunca. Nosotros estamos obligados a iluminar su efígie para que sus conciudadanos puedan seguir su camino. Ese es nuestro deber porque muy pocos conocieron —como nosotros— la altiva nobleza de su existencia unida a lo más íntimo de nuestro civismo por principios, por ideales, por amarguras, por recuerdos y por esperanzas.

"El Plata"

Ante el desgarramiento intenso y profundo que causa en el espíritu el inesperado fallecimiento del doctor Gustavo Gallinal, ocurrido esta mañana, se hace difícil la coordinación de las ideas y más difícil darles acertada expresión.

Nada presagiaba un hecho semejante. Momentos antes de caer en plena calle, atacado súbitamente por un mal cardíaco que fué considerado fatal desde un principio, transitaba, como de costumbre, deteniéndose para cambiar ideas con más de un conocido, pues su natural expansivo se complacía en esos diálogos que animaba con observaciones amenas y con pensamientos profundos. Conducido al establecimiento de asistencia más próximo, su estado no dió mayores esperanzas, y algún médico dijo que "técnicamente no podía vivir". La ciencia luchó, asimismo, durante largas horas, por una reacción, pero esos esfuerzos resultaron impotentes, y esta mañana, menos de veinti-

cuatro horas después de iniciado el fatal proceso, surgió el desenlace.

Desde su primera juventud, Gustavo Gallinal fué una figura descolante. Profesores y condiscípulos le querían y admiraban. Es la verdad, sin embargo, que durante cierto tiempo pareció más destinado a la vida contemplativa del escritor, que lo fué dotado de cualidades sobresalientes, que a la ruda y áspera labor de la política. Pero, cuando ésta reclamó su actuación supo ser un brillante y valiente caballero de la democracia, que luchó por ella, permanentemente, sin abatirse ante las derrotas ni desmayar ante las persecuciones.

Fué miembro de la Constituyente de 1916-1919, Diputado, Senador, Consejero Nacional, destituido, encarcelado y proscrito por la dictadura, miembro de las corporaciones dirigentes del Partido Nacional Independiente, cuyo Directorio presidió, representó al país en difíciles misiones diplomáticas, y llevado por el Presidente Amézaga al Ministerio de Ganadería y Agricultura, realizó una gestión inteligente y patriótica que mereció el aplauso de todos los hombres vinculados a los altos y complejos intereses que tiene a su cargo esa Secretaría de Estado.

Profesor de Literatura, su espíritu enamorado del arte, que pasión absorbente de la política no había logrado amenguar, le hizo rayar a gran altura en la obra de la educación de las nuevas generaciones, y sus lecciones como sus conferencias, correspondencias de viaje, y otros escritos dedicados a esa clase de temas, dejaron y seguirán dejando fecunda impresión en todos los espíritus capaces de comprenderlos.

Fué un orador excepcional, de noble y generosa inspiración, de acento emotivo que transmitía fácilmente al auditorio y lo dominaba por completo. Todo terreno en ese campo le resultaba propicio, lo mismo la cátedra que la plaza pública, el ambiente ardiente de los clubes políticos tanto como el recinto parlamentario.

Habiendo adquirido su título universitario en un esfuerzo inteligente y laborioso, tuvo en el ejercicio de la profesión un gran porvenir, pero el afán por la causa pública, la defensa del derecho en ese medio en que no se cosechan honorarios, le distrajo de tal actividad haciéndole despreciar la fortuna que de otra manera hubiera estado bajo su mano.

Espíritu sinceramente, hondamente cristiano, supo también serlo en medio de las violentas y ásperas cuestiones que provoca siempre el problema religioso, y ningún fanatismo perturbó la noble serenidad de su corazón.

Es una grande, una irreparable pérdida para la Patria la que representa esa muerte prematura, que ha tronchado una existencia que se hallaba en la plenitud de sus magníficas dotes intelectuales y morales. El Nacionalismo Independiente, que recibe el golpe en lo más hondo de sus sentimientos, conservará con admiración y cariño su recuerdo, para ofrecerlo como ejemplo a las presentes generaciones y a las que se irán sucediendo en la vida pública nacional.

La actuación pública

El doctor Gustavo Gallinal nació el 18 de marzo de 1889, doctorándose en derecho y ciencias sociales en 1911.

Profesor, ensayista, diputado, constituyente, miembro del Consejo Nacional de Administración, sorprendiéndolo en dicho cargo los sucesos del 31 de marzo de 1933. Luego de la recuperación democrática del país, fué electo senador, ocupando el Ministerio de Ganadería en el gobierno del doctor Amézaga.

Presidió la embajada que concertó el convenio de descongelamiento de las divisas adeudadas por Inglaterra, en la que desarrolló una gestión brillante e histórica.

En la actual legislatura ocupaba una banca en el Senado.

Desde su juventud perteneció al Partido Nacional y en 1933 los sucesos lo colocaron en el primer plano de la oposición.

Es autor de numerosas obras de carácter histórico y jurídico, de diversos ensayos de carácter didáctico y de divulgación. Como conferencista tuvo una larga y fecunda actuación, llegando a ello por imperativo vocacional.

Su actuación parlamentaria ha sido tan vasta como brillante, teniendo intervenciones notables, que se destacan en los anales parlamentarios. Como tribuno público alcanzó un extraordinario y merecido prestigio.

"El Día"

Causa profundo dolor el fallecimiento del doctor Gustavo Gallinal, víctima, en plena madurez de inesperada enfermedad, que troncha una vida fecunda y ejemplar.

Gustavo Gallinal ocupó, por sus méritos y su cultivada inteligencia, los más elevados cargos públicos, junto con las más altas posiciones de su Partido, y tanto en ellos, como en su vida privada, se distinguió porque era un caballero en el cabal y completo sentido del término.

Imponía, con su sola presencia, el respeto y la mesura, tanto a los jóvenes alumnos de sus clases de Literatura, como en el más caldeado ambiente de lucha política.

El serio y a la vez cordial "adiós, señor", con que saludaba en la calle al discípulo, casi niño, era el mismo tratamiento que daba al más encumbrado, con la misma sencillez que revelaba, al par que un sentido humano, su entereza en la política y en la vida.

Consejero Nacional —tras una brillante carrera política— en el momento en que la dictadura abatió las instituciones libres, luchó contra ella valientemente, soportó imperturbable persecuciones y penurias; activo luchador de la democracia, enjuició a los liberticidas con un libro, "El Uruguay ante la Dictadura", en el que documentó, con la altura de un historiógrafo y su elegancia literaria de auténtico escritor, la conducta de quienes combatía, punto por punto y prueba tras prueba, dando con hechos y razones, sin ad-

de su espíritu. Fue político que enalteció la función que a los políticos corresponsables, los elementos para una ilevantable y merecida condenación.

Recordamos este hecho como una muestra más de los rasgos esenciales: adversario leal, que al discrepar no usó nunca un recurso censurable.

Fue ciudadano de relevantes méritos, que al desaparecer, por desgracia para la República que siente su pérdida y le rinde los máximos honores, tenía el respeto de todos, galardón excepcional, para quienes, como él, ni renuncian a sus ideas, ni buscan deliberadamente captar simpatías.

"Acción"

Acaba de fallecer, a los 64 años de edad, el doctor Gustavo Gallinal, distinguido hombre público y dirigente nacionalista independiente.

En la tarde de ayer sufrió un síncope cardíaco y a pesar de los cuidados médicos, falleció esta mañana en el Hospital Maciel, donde se le había llevado por lo delicado de su estado.

Las discrepancias políticas quedan silenciadas, cuando cae un hombre que supo estar alerta en defensa de las libertades públicas. Gustavo Gallinal en 1933 era Consejero Nacional cayó de su cargo junto con la Constitución democrática vigente.

Abogado destacado, profesor de literatura, profesor en materia laboral de nuestra Facultad de Derecho, su labor fue fecunda. Entre algunas de sus obras, pueden mencionarse: "Apuntes para un estudio jurídico", "El centenario del Dante", "El sentimiento de hispano-americanismo en la literatura uruguaya", "Cultura y arte", "Hermano lobo y otras presas", "El Primer Parnaso Oriental", "Rodó", "Tierra Española" y su obra de combate: "El Uruguay hacia la dictadura".

Fue Constituyente en 1916, Diputado, Ministro, Consejero Nacional, miembro del Directorio Nacionalista y actualmente era Senador de la República.

Cuando la dictadura de 1933 estuvo en las tribunas, en la cárcel y en el destierro, defendiendo al derecho que era conculcado. Ese será un motivo de recuerdo imperecedero, porque los hombres libres se unen —por encima de sus discrepancias ideológicas— en el culto de la libertad.

Nuestro pésame a sus deudos y al partido adversario en el cual militó.

"La Mañana"

En la mañana de ayer dejó de existir en esta capital, a raíz de un síncope cardíaco que revistió gravedad desde el primer momento, el senador doctor Gustavo Gallinal, personalidad de larga y relevante actuación en el ambiente político e intelectual de nuestro país.

Se trata de una pérdida altamente sensible, ya que por sus dotes de ilustración y su vasta labor significaba un valor de entidad en la gestión de los intereses públicos y en la vida cultural de nuestro medio.

Desde muy joven, el doctor Gustavo Gallinal cultivó las letras con singu-

lar relieve, fué profesor de literatura y ya sea en el libro, en el periodismo, o en el estudio histórico, obtuvo señalados éxitos, que le dieron merecido renombre.

Militante del partido nacional, luego en el sector del nacionalismo independiente, fué legislador en diversos períodos, ya diputado o senador, constituyente, consejero nacional y ministro de Ganadería y Agricultura, posiciones todas en las que acreditó sus dotes de hombre estudioso y sus preocupaciones por defender sus ideas y conceptos con el hondo fervor de sus convicciones.

El fallecimiento de este distinguido compatriota ha provocado muy hondo pesar en las principales esferas del país, de modo que la inhumación de sus restos, que motivará altos honores oficiales, trasuntará esa impresión dolorosa.

"El Diario"

Falleció esta mañana, a consecuencia de un síncope cardíaco, el senador doctor Gustavo Gallinal.

Nacido en 1889, el doctor Gallinal se doctoró de abogado en 1911. Ejerció su profesión, dedicándose además, por vocación, a los estudios históricos y literarios, habiendo publicado numerosos y muy interesantes trabajos en ambas ramas de la cultura. Tuvo a su cargo igualmente, durante muchos años, una cátedra de literatura en nuestra Universidad.

Político militante en el partido nacional, fué electo diputado en sucesivas legislaturas. Producida la escisión, fué dirigente principal del nacionalismo independiente, que le llevó al Consejo Nacional de Administración (elecciones de 1932); y luego le eligió para el Senado por tres períodos consecutivos, ocupando su banca desde 1942. Durante la administración del doctor Amézaga, fué Ministro de Ganadería y Agricultura. Representó al Uruguay en las negociaciones monetarias de Londres, presidiendo nuestra delegación.

De una profunda cultura humanista, con positiva capacidad intelectual, el doctor Gallinal fué un valor de excepción en nuestros medios intelectuales y políticos, en los cuales ha de lamentarse su inesperada y temprana desaparición. Su destacada personalidad se adornaba con una bonhomía que no amenguaba en nada la energía combativa de su carácter y en diversas ocasiones supo demostrar su desinterés y espíritu de sacrificio, sin alarde, como supo sobrellevar las horas de pobreza con recatada dignidad.

Con todo el país, sentimos nosotros muy profundamente la pérdida de este ilustrado ciudadano, que reunía tan hermosas cualidades espirituales, intelectuales y de carácter.

Este sentimiento de pesar colectivo será sin duda puesto de manifiesto en el sepelio de sus restos, a efectuarse en el día de mañana.

La banca del doctor Gallinal en el Senado, será ocupada por su primer suplente, doctor Javier Barrios Amorín.

"El Debate"

Sorpresivamente circuló ayer la noticia de la muerte repentina del doctor Gustavo Gallinal.

El compatriota extinto, vinculó su nombre a diversas manifestaciones de la vida nacional.

Su iniciación en la actividad pública, comienza con las disciplinas austeras de la docencia y la publicación de obras literarias e históricas, que enriquecen el acervo bibliográfico de la nación.

En el campo político, actuó intensamente, ocupando altos cargos públicos.

Fué diputado, senador, constituyente, ministro, Consejero Nacional, profesor de literatura y tribuno parlamentario y político de alto vuelo y de hondo concepto. Las discrepancias que con él mantuvimos en los últimos años no nos impiden reconocer, ampliamente, los perfiles de su vigorosa personalidad. En los sucesos cívicos de estos días, tomó puesto de lucha y se definió, con respeto nos descubrimos ante el ciudadano que desaparece, y extendemos a tando la reforma constitucional en el Senado de la República. Su fallecimiento enluta respetables hogares y acongoja a prestigiosos círculos. Con íntimo sus deudos, la expresión de nuestros sentimientos.

"El Bien Público"

El sentimiento público nacional ha sido profundamente conmovido y sorprendido por la súbita desaparición del doctor Gustavo Gallinal, muerto en la plenitud de su personalidad vigorosa.

Gentes de la más diversas condiciones sociales y de las más encontradas tendencias ideológicas entre las que se divide la actividad y la opinión del país, han testimoniado su sentido dolor o su emocionado respeto ante la muerte de este hombre de bien que tantos y altos servicios había prestado a la República.

Para los más, tal vez, era el probo ciudadano que desempeñó siempre con dignidad sin tacha varios importantes cargos públicos, poniendo en el cumplimiento de la función de gobierno lo más noble de su bello espíritu y de su claro intelecto. Legislador, constituyente, Consejero de Estado, Ministro, Embajador, en todas estas actividades públicas sirvió y honró al país, dejando un recuerdo imborrable de su celo en la defensa y promoción de los intereses nacionales que supo sobreponer en todo momento a cualquier otra consideración de orden partidario o circunstancial. Su incoercible pasión por la libertad y la justicia, fruto de su acendrada fe cristiana, le hizo afrontar con dignidad y altivez ciudadanas los desbordes de la fuerza erigida en poder político con violación de las leyes y menoscabo de las instituciones republicanas, sirviendo con ademán enérgico la causa del derecho hasta el duro sacrificio de su libertad personal.

Desde su banca de legislador, al igual que en los demás cargos públicos que desempeñara, se preocupó con preferencia por los problemas de la cul-

tura, pues Gustavo Gallinal fué en todo momento un hombre de letras incrustado en la política, que nunca renunció a su innata vocación por la artesanía literaria. Como tal, propició algunas de nuestras mejores leyes en beneficio de la cultura nacional, como la de creación de becas para profesores uruguayos que fueran a perfeccionar sus conocimientos a los centros de investigación y estudio del viejo mundo, generosa iniciativa que viene dando al país los promisorios frutos que esperaba su autor, y que habrán de constituir uno de los mejores homenajes a su esclarecida memoria.

Su última contribución como legislador a la cultura pública fué la ley de creación del "Archivo Artigas", que permitirá recoger en una publicación orgánica y sistematizada toda la documentación relativa a la vida de nuestro Prócer, tal como viene realizándose en los dos volúmenes que ya han sido publicados.

Es que Gustavo Gallinal no dejó nunca de ser un literato vocacional, por más que los azares de la política militante nos robaron acaso las que pudieron ser sus mejores páginas. Escritor de prosa sobria y cuidada, nos ha dejado algunos bellos libros que serán el perenne testimonio de este indeclinable afán por las formas literarias que alternó con sus estudios de investigación histórica acerca de nuestro pasado nacional. En una y otra actividad, en apariencia distintas, campea un acendrado amor por las cosas de nuestra tierra reflejadas en la más auténtica tradición patricia que se remonta hasta las viejas raíces hispánicas de nuestra cultura y de nuestra historia. Sus libros "Tierra española", "Crítica y arte", "Letras uruguayas", y "El hermano lobo y otras prosas", constituyen un rico venero de sugerencias artísticas reveladoras del crítico profundo y escritor de estilo castizo que fué Gallinal por sobre todos sus otros valores intelectuales.

Para nosotros fué por encima de todo ello el católico integral que practicó y proclamó su fe en todo lugar y en todo momento con la palabra y con el ejemplo. Integró aquella brillante generación del "Club Católico" que formaban con él Hugo Antuña, Mario Falcao Espalter, Dardo Estrada y Rafael Algorta Camusso, entre otros, y que libraron ardorosas batallas contra el jacobinismo entronizado en el país a comienzos del presente siglo. Unido por una común vocación espiritual, alternaron sus trabajos de investigación histórica con la crítica literaria, poniendo su pluma al servicio de los altos intereses de la cultura nacional, así como asumieron la defensa de los derechos de la conciencia religiosa cuando se la pretendía escarnecer o desconocer desde ciertos sectores de la opinión pública. Defendió Gallinal con grande acople de razones históricas y jurídicas los derechos patrimoniales de nuestra Iglesia, siendo en la Asamblea Constituyente del año 17 una de las voces más encumbradas y valientes que se alzó para reivindicar los fueros de la conciencia católica en el nuevo ordenamiento institucional que se iba a dar al país.

Así vivió y así murió Gustavo Gallinal: demócrata cabal, católico austero, espíritu selecto que desbordaba su desaliñada silueta física dándole un tinte de superior dignidad que trascendía hasta el menor de sus actos, sin afectación y sin orgullo.

"Marcha"

Escritor, historiador, profesor, Gustavo Gallinal trabajó con dignidad y con brillo en el campo de la cultura, particularmente de la nacional. A la cultura lo llevaba una íntima vocación humanista. A la nacional, una percepción profunda de cierta especie de llamados, habitualmente desoídos, de la nacionalidad.

Culminó, no obstante su personalidad y su acción, en el mundo de la política. También aquí con brillo y con dignidad. En los últimos años circunstancias políticas diversas nos condujeron por caminos distintos. Discrepamos con muchas de sus actitudes. No olvidamos, no podemos olvidar, sin embargo, tantas jornadas convividas, tantos afanes compartidos en las más difíciles horas de la lucha por el restablecimiento de la democracia en el país. Por eso, tanto como por el respeto que su personalidad imponía más allá de cualquier discrepancia, rendimos nuestro sincero homenaje al gran ciudadano desaparecido.

"La Democracia", de Melo

Con la muerte de Gustavo Gallinal pierde el país a un ciudadano eminente, de los que prestigian y dan relieves a una nación. El Nacionalismo Independiente pierde a uno de sus conductores más esclarecidos.

Podríamos decir de Gustavo Gallinal que alcanzó la plenitud en todas y cada una de las múltiples actividades que emprendiera.

Todo lo abarcó y a todo se dió con singular fervor y capacidad; su vida fué un continuo prodigarse en las más diferentes disciplinas del espíritu.

Teniéndolo todo para triunfar en otros órdenes, con austeridad filosófica supo dejar a un lado las fáciles y cómodas posiciones materiales, que tanto anulan a tantos, para darse integralmente en aras de su idealidad superior.

Ensayista de amplio vuelo literario, investigador histórico, catedrático de nuestra Universidad, orador, más que ello, educador de multitudes, hombre de amplia y sólida cultura humanista, no pudo sustraerse de la agitada marea política del país y a pesar de ser un estudioso vocacional, no cometió el error de encastillarse en el mundo amplio y subyugante, pero egoísta a veces, de las abstracciones intelectuales, mezclándose entonces, con todo el ímpetu que su alma de luchador era capaz, en el fragor de nuestras luchas políticas y sociales, llegando, merced a su talento indiscutible, a ocupar los más elevados y difíciles cargos públicos.

Constituyente en 1917, Consejero de Estado, Ministro, Diplomático, Senador y Diputado Nacional, dejó, allí donde actuara, el signo inequívoco de su talento y el ejemplo de su honradez sin mácula.

En horas aciagas para la República cuando la fe en nuestras instituciones y en nuestro destino de pueblo libre vacilaron conmovidas por un soplo de regresión, supo ser de los que levantaron la bandera de la dignidad del hombre, que no podía sucumbir mientras la columpiaban espíritus como el

suyo, estaban animados por el culto de la libertad y educados en el amor a las fórmulas democráticas republicanas de gobierno.

Se fué con Gustavo Gallinal un hombre de relieves excepcionales, su vida toda que es un constante ejemplo nos servirá de guía en horas de tempestad.

Desde nuestra modesta tribuna política, asociándonos al dolor partidario, despedimos con emoción al ilustre ciudadano desaparecido.

"El Pueblo", de San José

Nos sorprendió la noticia, como un mazazo y nos sentimos dominados por una sensación de derrumbe. Hacía unos días, puede decirse, que dominaba con su prestancia de gran señor de la oratoria y del argumento ajustado a los problemas del momento, la sala repleta donde sesionaba nuestra Convención para tomar una resolución definitiva sobre la actitud del Partido en el grave problema de la reforma de la Constitución. Con una claridad meridiana en la exposición y una mesura y una honradez que desbordaban el tema en debate completando su labor de convencimiento, lo escuchamos al doctor Gallinal y estrechamos luego su mano, cálida de afectos en un además caballeresco y amistoso. Fué allí, como en tantas reuniones memorables, el elemento moderador, irreprochable por la pureza de sus intenciones y la comprensión con que rectificaba rumbos sin recurrir a esfuerzos dialécticos, sino al razonamiento para juzgar hechos y extraer conclusiones, donde se impuso ante su requerimiento la cordura, se suavizaron asperezas, quedó trunca la exaltación juvenil siempre bien intencionada pero sin el sentido cabal de la serenidad. Luego, lo escuchamos por radio a través de su andar infatigable por los caminos de la patria, aclamado por las multitudes. Para nosotros era una vida en plenitud, al servicio del país, cuya labor se reflejaba y prestigiaba al Nacionalismo Independiente.

De ahí esta sensación de derrumbe y nuestro estupor frente a su muerte y esta congoja compartida por la ciudadanía del país sin distinción de matices políticos, porque Gustavo Gallinal era un hombre de excepción y un ciudadano de la República.

Dice un colega, que su vida pública, a pesar de sus notorios sinsabores, transcurrió entre dos victorias. Se inició en la campaña que culminó con el triunfo del 30 de julio de 1916; y se cerró en el plebiscito del 16 de diciembre de 1951. Entre ambas fechas, fué constituyente, tres veces representante por el departamento de Soriano, una vez diputado por Montevideo, senador, ministro, embajador, consejero nacional un mes, preso, torturado y desterrado fortaleza, robustecida por su fé cristiana, llevada sin ostentación y sin alarde, años, pertenecía a la generación del 800, que nos diera valores aún no superados por los de este siglo. Escritor de estilo galano y castizo, historiador, profesor de literatura, humanista, era un bellissimo ejemplar de hombre en el

sentido amplio del vocablo. Con todos esos atributos, dominando los de su gran inteligencia, podía haber acumulado fortuna y muere en la pobreza. Todo lo sacrificó a su Partido, el Nacional primero y ahora el Nacionalista Independiente, porque desde allí servía al país.

La muerte lo sorprende en plena labor, provocando este dolor colectivo. El Poder Ejecutivo pide al Parlamento que se le rindan honores de Presidente de la República. Los merecía quien, como él ocupó las más altas dignidades con honradez, con inteligencia, con capacidad. No hubo en ninguna parte una voz disonante. Todas se levantaron para exaltar sus virtudes, sus luchas, sus sacrificios, su personalidad de demócrata integral. Acompañaron sus restos a la última morada, las más altas personalidades, encabezadas por el Presidente de la República. Lo despidieron representantes de todos los sectores políticos y sociales. La congoja puso niebla en los ojos y duelo en el alma.

Nosotros, al deplorar su muerte y valorar lo que significa como pérdida enorme para nuestro Partido, más en las horas difíciles que se avecinan, le rendimos el homenaje de nuestra profunda admiración y de aquel respeto con que, en forma silenciosa, como cabe a los humildes, tratábamos de inspirarnos en su ejemplo.

"La Tribuna Popular"

El país experimenta en estos momentos la pérdida de uno de sus valores políticos más destacados: el Dr. Gustavo Gallinal.

Ciudadano de larga actuación parlamentaria, su labor llevó siempre impreso el sello de su vigorosa personalidad.

Afiliado al Partido Nacional, luego del episodio de 1933 formó en las filas del Nacionalismo Independiente, sector del que fué uno de sus más prestigiosos dirigentes.

Víctima de un síncope cardíaco del que no pudo reponerse, su fallecimiento ha provocado hondo sentimiento de dolor.

Ayer se reunió el Consejo de Ministros en sesión extraordinaria tejiendo sus componentes el elogio del senador desaparecido.

"La Unión" — Departamento de Colonia

Primero fué la noticia del síncope cardíaco, que permitía alentar esperanzas a pesar de que desde el primer momento trascendió que el estado era de suma gravedad, y antes de las veinticuatro horas, no repuesto aún el ánimo ante el impacto que aquella representó, la de la muerte puso un velo de hondo dolor en el espíritu de quienes bien supimos quién era y lo que representaba Gustavo Gallinal.

Su muerte, como se ha dicho, es una pérdida para la República y para el Nacionalismo Independiente, el abatimiento de una de sus más sólidas columnas.

Fué el extinto, dentro del escenario político nacional, figura de alto pres-

tigio y en todos los cargos que ocupó, —diputado, senador, ministro, consejero, embajador extraordinario—, dejó honda y fecunda huella de su talento, de su probidad, de su múltiple versación y de su extraordinaria visión de estadista cabal.

Las letras le contaron entre sus enjundiosos cultores, y como ensayista o crítico, dejó en el libro y en el folleto, lo mejor de sus especulaciones literarias.

El foro supo igualmente de su jerarquía profesional y si en el ejercicio de su carrera de abogado no llegó adonde podía por sus conocimientos y la honrura de sus concepciones, fué porque la política le sustrajo casi por entero a toda otra actividad.

Hizo de ella lo que ella debe de ser según la definición más recibida: el arte de gobernar. Porque Gustavo Gallinal en política era como un profesor en su cátedra. Su voz cobraba sonoridades profundas y sus amplios ademanes abarcaban todo el panorama que quería ceñir entre sus largos brazos; su mirada se perdía a lo lejos y su apostura de hombre-símbolo parecía disminuir en tamaño, según fueran las circunstancias, los momentos y las crisis, pero siempre salía limpio, prestigioso, con cierta arrogancia que contrastaba con su natural bohomía.

Don Gustavo, —eso era siempre para nosotros— estuvo en ciertos momentos frente a quienes sosteníamos otra posición, pero aún en esas horas y en medio del dialogado enérgico o del debate candente, le vimos mantenerse en una línea de claro respeto para todas las opiniones, dando la suya valientemente, argumentando sin pausa, tratando de convencer razonando. Un hombre así, tenía derecho a vivir y alcanzar los más grandes destinos. Por eso su muerte, prematura y repentina, ha puesto en nuestro espíritu una sombra y ha generado la rebeldía que provocan las injusticias. Pero no nos queda ya, —al margen de las pobres palabras con que pretendemos despedirlo—, sino inclinarnos reverentes ante su muerte que es, lo repetimos, una pérdida para la República, porque ha caído uno de sus mejores ciudadanos.

"La Colonia" — Departamento de Colonia

Víctima de un síncope falleció en la mañana del domingo último, el doctor Gustavo Gallinal.

Su muerte ha conmovido a la ciudadanía de la República, porque Gustavo Gallinal, como certeramente se ha dicho, era una figura representativa

Constituyente en 1916, Diputado, Consejero Nacional, Senador, Ministro, de la Patria.

Hombre de talento excepcional, de magníficas virtudes cívicas, de actiosa honradez, de rectitud moral, llenó una vida intensa y fecunda durante más de cuarenta años de actuación pública.

Fuó uno de los cerebros más vigorosos de este país e irrodió su talento como abogado, como catedrático, como historiador, como hombre de letras y como político.

Lo más descollante de su personalidad, se manifestó en el hombre público, en el político.

Gustavo Gallinal, dejó profunda huella de su sapiencia, de su visión para el manejo de los negocios de Estado, de su hombría de bien y de la patriótica inquietud, para armonizar aún en la discrepancia, procurando las mejores soluciones para la colectividad.

Fué un caballero del ideal político, el espíritu superior privilegiado para el bien. Jamás transó con el desvío legal, ni moral y el mayor elogio que puede hacerse a este hombre de excepcional talento, que ocupó las máximas dignidades políticas, fué que murió pobre, que se desprecupó de las riquezas materiales, para darse como un soñador, al bienestar de su patria y al engrandecimiento de las instituciones democráticas.

Gran señor de la política, vivió generosamente consustanciado con los ideales del Partido Nacional, al que identificó con los supremos ideales de la democracia y de la patria. Formó de los primeros, luego, en las filas del Nacionalismo Independiente.

Recio, indomable, surgió su gallarda figura para combatir el cuartelazo de 1933 y en el destierro o vuelto al país, luchó sin tregua para conquistar el restablecimiento de la legalidad constitucional.

Normalizada la república, Gustavo Gallinal, volvió a ser uno de los líderes indiscutidos del Partido Nacional Independiente.

Presidente del Directorio, su talento, su energía, su elocuencia, su sensatez y equilibrio en la apreciación de los problemas políticos, le valieron el gran ascendiente y respeto en el seno de la masa partidaria.

No alistó a su espíritu combativo, a la superioridad intelectual para la percepción de las orientaciones más ajustadas a la marcha del partido, a que Gustavo Gallinal, fuera tolerante y se apasionara en magníficos discursos para afianzar la concordia partidaria, para atenuar las discrepancias o para dar el gran ejemplo tan pocas veces practicado por los hombres, por exceso de vanidad u orgullo, de modificar una posición, ante las razones o los hechos que fundadamente se le expusieran.

Con profundo dolor evocamos la ilustre personalidad desaparecida, al ciudadano, al patriota, al correligionario, al amigo, que supo de todos los honores manteniendo siempre, la dignidad, la prestancia, de los excepcionales ejemplares de la raza humana.

Ha perdido la patria y el Partido Nacional Independiente, la democracia uruguaya, a uno de sus más preclaros líderes, al ciudadano, que demostró en la acción infatigable de más de cuarenta años, que la pureza del ideal político no se ha extinguido y que la política, en el cerebro y el corazón de los hombres de bien, como Gustavo Gallinal, logra alcanzar las dignidades de un apóstolado.

CAMARA DE DIPUTADOS

La Cámara de Representantes sesionó también extraordinariamente para considerar el Mensaje enviado por el Ejecutivo y aprobado por el Senado. Damos la versión taquigráfica de la sesión.

Señor Presidente. — La Mesa dispuso esta convocatoria ante la muy infausta noticia del fallecimiento del señor Senador doctor Gustavo Gallinal.

Oradores de distintos partidos destacarán, con elocuencia y con verdad, las notables dotes de la personalidad desaparecida. Por mi parte, con sencillez y brevedad, puedo decir que la República y la democracia han perdido uno de sus mejores dirigentes.

Presento a los señores Representantes del Partido Nacional Independiente mi más emocionada condolencia.

Léase el mensaje del Poder Ejecutivo y el proyecto de ley aprobado por el Senado, por el que se rinden honores al doctor Gustavo Gallinal. Cámara de Senadores.

La Cámara de Senadores, en sesión de hoy, ha sancionado el siguiente

PROYECTO DE LEY

Artículo 1º Tribútense honores de Presidente de la República, a los restos del doctor Gustavo Gallinal.

Art. 2º Comuníquese, etc.

Sala de Sesiones de la Cámara de Senadores, en Montevideo, a 24 de diciembre de 1951. — ALFEO BRUM, Presidente. — José Pastor Salvañach, Secretario."

Señor Presidente. — Encontrándose la Cámara en receso, se va a votar si desea ocuparse del proyecto que acaba de leerse.

—Cincuenta y tres por la **Afirmativa.** — Unanidad.

Tiene la palabra el señor Diputado Lorenzo y Losada.

Señor Héctor Lorenzo y Losada

Señor Presidente: En nombre del sector Nacionalista Independiente agradezco las palabras pronunciadas por el señor Presidente y expreso que con sentido de justicia y de gratitud democrática vemos el mensaje enviado por el Poder Ejecutivo, con nuestro beneplácito y también con nuestro agradecimiento.

Decir que la patria está de duelo por encima de diferenciaciones ideológicas, religiosas y políticas, es decir, señor Presidente, que nuestro partido está de duelo. Y decir que el Partido Nacional Independiente está de duelo por encima de diferenciaciones filosóficas y políticas, ante la pérdida del doctor Gustavo Gallinal, es expresar que la patria está de duelo.

Frente al dolor, existe un sentimiento fraterno que vincula, liga, identifica y confunde a todos los sentimientos.

El doctor Gustavo Gallinal fué figura señera, figura rectora de nuestro partido. Unia a su valor individual, a su excelsa personalidad, su valor —podríamos decir empleando palabras actuales— de masa, porque Gustavo Gallinal vivió confundido con su pueblo. Así su figura se corporiza con el pueblo uruguayo y todo el pueblo uruguayo siente su pérdida en virtud de un mandato ineluctable, quíérase o no, de la solidaridad humana, porque la solidaridad humana manda en todas sus manifestaciones físicas, sociales y espirituales.

Cuando el mundo del futuro haga la historia del mundo del presente —y entonces el mundo del futuro hará la historia del mundo pasado— y se remita al año 1951, años atrás y años adelante, encontrará una época de la historia uruguaya, con días de gloria y días nefastos como el de hoy, con la pérdida de Gustavo Gallinal; y otros días nefastos, con la pérdida de grandes personalidades pertenecientes a todos los partidos políticos de nuestro país.

Cuando el mundo del futuro haga la historia del pasado, que es el presente, y en esa época descubra claros y sombras —creo y siento que existen más claros y más días de luz que sombras— en la perspectiva histórica figurará nuestra democracia iluminada por las estrellas de primera magnitud que como Gustavo Gallinal, la han guiado; y en la perspectiva histórica, señor Presidente, merecerá el fallo favorable de la historia, como merecen el fallo favorable de la historia la paz romana y la democracia ateniense de la época brillante de Pericles.

Gustavo Gallinal amó lo verdadero, lo bueno y lo bello. No es el momento de entrar a filosofar sobre lo verdadero, lo bueno y lo bello. Pero Gustavo Gallinal, poseído de una extensa y profunda cultura humanista, pudo decir cómo Platón, que "sólo el esplendor de lo verdadero, es lo bello"; pero habiendo vivido confundido con su pueblo, falleció en un hospital de Montevideo junto a los trabajadores y a la gente humilde, en medio de la pobreza y señalando así con el índice de una conducta. Gustavo Gallinal pudo también decir con el pensador latino, "soy hombre y sólo lo humano me interesa".

(Muy bien!)

—Pero también, señor Presidente, hurgador de las causas remotas, de la causa de las causas, persiguiendo siempre lo perfecto en su unión íntima y con todo misticismo —y también nosotros con todo respeto hoy debemos oír la voz de su conciencia— manifestaba: "Sólo Dios es bello".

Señor Presidente: Este hombre excepcional fué un gran jurisconsulto; entendió la ley con ese sentido que tiene la ley bien interpretada; que es la vida misma; fué un maestro en la cátedra, y como maestro supo volcar su espíritu y comunicarse con los alumnos; fué un gran literato, y como literato, un estilista capaz de reflejar en todos sus fulgores la belleza; fué un gran parlamentario, y como parlamentario esgrimió como arma la lógica; fué un gran orador, y como orador fué conceptuoso, bello, de léxico riquísimo, ordenado, claro, que llegaba al pueblo y como político, señor Presidente, habiendo ac-

tuado en los más elevados cargos; miembro del Consejo Nacional de Administración, Diputado varias veces, Senador también, presidente de misiones al extranjero, Ministro de Estado, hombre realmente excepcional, como político desempeñó la función que debe cumplir todo político, que es una función de armonía, de tolerancia, de paz, de integración social.

Hay dos maneras de vivir la vida: una es proyectar la forma de vivirla y otra es vivirla en su plenitud todos los instantes. Los primeros confunden los medios con los fines, los otros, los que verdaderamente viven la vida, emplean la riqueza del espíritu tal como está concebido, que es principio y fin a la vez: medio y fin; fin y medio.

Gustavo Gallinal fué un hombre realmente extraordinario, figura criolla, nativa, arquetipo de la personalidad uruguaya, del caballero oriental, del intelectual oriental —y yo deseo para mi partido que tenga la faz de la personalidad de Gustavo Gallinal— pero un hombre admirablemente afortunado por la naturaleza en medio de su pobreza, porque Gustavo Gallinal fué un hombre muy bien dotado. Yo no sería sincero si no dijera, respetando los deseos y la manera de sentir y de pensar de los demás señores Diputados, que no sólo deseo, que no sólo quiero que mi partido tenga la faz de Gustavo Gallinal, sino que quiero que mi patria tenga la faz de personalidades como la de Gustavo Gallinal.

(Muy bien!)

—Nada más.

Señor Alfredo Lepro

Señor Presidente: Esta figura política que acaba de desaparecer y a quien en nombre de la bancada de mi partido rindo un emocionado homenaje, fué un hombre probo y desinteresado que prefirió, a lo largo de su intensa vida, el espíritu, la belleza y el esplendor de las cosas humanas tocadas de su pensamiento extraordinario, al brillo metálico del oro de las conveniencias.

Gustavo Gallinal fué principalmente —y ahí está a nuestro juicio, la lección de su vida— en lo que puede identificarse con la proyección de su espíritu, un hombre de pensamiento y un hombre de letras.

Pero la lección de su espíritu, la gran lección para la democracia es que siendo un hombre de pensamiento y un hombre de letras, fué un político integral. Abandonó la torre de marfil en la que suelen apartarse de la constructiva lucha de la política algunos intelectuales, para ir al tumulto de la plaza pública. Fué en ese sentido un escritor, como aquellos a quienes Anibal Ponce llamaba los deberes de la inteligencia. Fué como Martí, un escritor, y un político; fué como Euclides Da Cunha el formidable autor de "Os Sertões", un político con el hermoso ropaje de un escritor; fué como Mariano Moreno, el prologuista de la Revolución de América; fué como Alberdi, el de "Las Bases"; como Mitre, como Sarmiento, como Rivadavia, como Echevarría.

Quiero decir, señor Presidente, que fué un hombre que alinó las armas de su inteligencia y de su deber para aplicarlas en el ardiente campo de la

política con el propósito de hacer bien a los hombres a través de la ley y del imperio de la libertad y de la democracia.

Era un hombre, como acaba de decir muy bien el señor Diputado Lorenzo y Losada, criollo, un nativista, un hombre que vivía y sentía las glorias del terruño a través de sus más destacadas manifestaciones literarias.

El doctor Gallinal en el campo de la literatura hizo evocaciones que fueron verdaderas páginas señeras, de Magariños Cervantes, de Francisco Bauzá, de Carlos María Ramírez, de Zorrilla de San Martín, de Roxlo, de Rodó, de Acevedo Díaz, de Javier de Viana.

Esta sola enunciación demuestra que era un hombre que iba a beber en la fuente de todos los nobles empeños del espíritu, a través de la literatura nacional, por encima de toda consideración de partido, de toda especulación filosófica.

Vuelvo a repetir que la lección de su vida es una lección para la democracia por cuanto demuestra —e insisto en el concepto—, que para los escritores verdaderamente animados de humanismo, el mejor campo para su actividad, el más poderoso y el más efectivo, es el campo de la política, cuando ella se realiza con la altura de miras y la nobleza espiritual con que la realizaba Gustavo Gallinal.

Este hombre, como lo recuerda muy bien hoy el diario "El País", por una suerte del destino inicia y termina su vida en el paréntesis de dos grandes acontecimientos nacionales: la reforma constitucional de 1916 a 1917 y la reforma constitucional de 1951.

Inicia Gallinal su vida política siendo constituyente del año 1917, y cierra dolorosa e intempestivamente su vida política y física cayendo cuando todavía la República celebra alborozada el triunfo de la libertad con la reforma constitucional.

El doctor Gallinal —y me complazco en establecer este paréntesis feliz del destino— lo demuestra en esa línea siempre pura y siempre vibrante en favor de la libertad que importa la acción política a que me acabo de referir iniciada en el año 1917 y culminada en el año 1951. Porque, ¿qué era, señor Presidente, lo que al doctor Gallinal lo llevaba a militar con toda la fe de su espíritu y toda la nobleza de su corazón en este empeño de reforma constitucional? Era la abolición, señor Presidente, de la Presidencia de la República. Porque el doctor Gallinal, que aspiraba y deseaba para su país un desenvolvimiento feliz de la libertad, consideraba que la anacrónica institución presidencial era una de las formas por las cuales todavía se podía cernir sobre la República la amenaza de la pérdida de su libertad.

Este es el sentido que le doy a esta evocación, al paréntesis del destino, como si el destino se complaciera en subrayar armoniosamente su consecuencia en la libertad política para encerrar en la elocuencia de estas fechas la vida del doctor Gustavo Gallinal como una hermosa parábola cumplida.

Fué Diputado, Senador, Ministro de Ganadería y Agricultura; en todas esas actividades de Gobierno dejó bien patentizada su ilustración, su capacidad y su equilibrio. Fué, además, Consejero en 1933. Y si de alguien se pue-

de decir, sin hipérbole literaria, que calzó las sandalias líricas del desterrado por consecuencia a sus ideales, indudablemente que *eso se puede decir con ajustada propiedad del espíritu eminentemente lírico del doctor Gallinal.*

Caballero de la Legión de Honor; Presidente, como ha sido recordado de una de las misiones económicas más importantes que el país ha destacado al exterior en estos últimos tiempos; colaborador destacado de "La Nación" de Buenos Aires en los tiempos de oro del periodismo argentino, enriqueció las letras nacionales con obras como "El Hermano Lobo", "Letras Uruguayas", "Rodó", "El Primer Parnaso Oriental", "Música Poética de Francisco Acuña de Figueroa".

Pero la raíz del doctor Gustavo Gallinal no sólo se nutría en lo que tiene que ver con el espíritu de estas realidades literarias, sino que las disciplinas de la historia también lo contaron entre sus cultores más prestigiosos. Su prestigio como escritor de historia rebasó, naturalmente, los límites de nuestro país. Como historiador integraba corporaciones de ese género en Buenos Aires, en La Habana y en Lima.

En el país, en los últimos tiempos, el doctor Gallinal fué una de las figuras principales de este movimiento histórico organizado para darle a la personalidad de Artigas un fundamento ordenado para la proyección de las generaciones futuras: me refiero al Archivo Artigas. El doctor Gallinal fué un artiguista, un artiguista integral, porque en él se cumple con una elocuencia verdaderamente deslumbrante el principio de Artigas que dice: "Sean los orientales tan ilustrados como valientes". Porque entre los orientales más ilustrados de todos los tiempos figura con honor el doctor Gustavo Gallinal; y entre los orientales más valientes de todos los tiempos, figura, también con honor, el doctor Gustavo Gallinal.

Como escritor que tenía también inquietudes políticas expresadas por la pluma, podemos recordar sus libros: "El Directorio del Partido Nacional" y "El Uruguay hacia la dictadura".

Y de "El Uruguay hacia la dictadura", el último libro que diera a la estampa pública el doctor Gallinal, hemos extraído un concepto muy de actualidad y, sobre todo, muy caracterizador de esa modalidad que nos complacemos en señalar al principio, del escritor que cumpliendo los deberes de la inteligencia se pone al servicio de la sociedad de su país a través de los partidos políticos que integra, con lealtad de pensamiento y con claridad de intenciones.

El doctor Gallinal se refería a los que se llaman a sí mismos, en medio de las luchas de la democracia con cierta auto-suficiencia, apolíticos y decía el doctor Gallinal en el momento en que escribía su libro "El Uruguay hacia la dictadura": "El veneno más sutil se llama apoliticismo. El apolítico es un hombre al que no le interesa los derechos ni las libertades ajenas, las suyas tampoco, sino en la medida en que repercuten directamente sobre sus intereses materiales."

Esta nueva lección del doctor Gallinal en medio de esta época convulsionada en que precisamente parece hacerse una bandeta de optimismo, es

tos conceptos del hombre que acaba de morir, han de quedar sonando en los oídos de la sociedad uruguaya como una verdad incontrovertible.

Finalmente, señor Presidente, vamos a evocar un escrito del doctor Gallinal, que da la medida de su espíritu y de las nobles aspiraciones de su militancia ciudadana. Hace veintiún años, el doctor Gallinal escribía en el "Diario del Plata", un trabajo literario evocando precisamente a aquellos valores intelectuales a que antes me he referido, y terminaba su trabajo con estas palabras: "Al amparo de una amplia libertad, en medio de una fecunda inquietud republicana avanzarán las generaciones nuevas hacia la conquista de un ideal de cultura, de democracia y de justicia social; defiendan en el Universo el prestigio del Uruguay, cada día, la paz social más asegurada por leyes reparadoras y justas que acrecientan la riqueza social o la derraman en mayor número reduciendo el todo de miseria y de dolor inmerecidos."

Señor Presidente: Al rendir homenaje a esta gran figura desaparecida, nosotros creemos que estas palabras que el doctor Gallinal escribiera hace veintiún años tienen una viva actualidad, como tiene una viva actualidad todo su pensamiento literario y político; porque, somos de los que creemos que los valores fundamentales que deben centrar la dignidad de la criatura humana, no varían con las épocas ni con las sociedades. La virtud, el honor, la verdad, la justicia, y la generosidad han sido siempre las mismas y unas en todas las épocas, a través de todas las ideas y esgrimidas por todos los partidos políticos del mundo.

El hombre, como unidad consciente de su destino y como elemento en la práctica solidaria de su vida; el hombre, íntegramente hombre, en el sentido humanista de la palabra, puede suscribir ahora y siempre estas palabras finales del escrito del doctor Gallinal, de hace veintiún años, actuales y vivas como si su voz de tribuno las hubiera pronunciado instantes antes de morir.

Nada más.

(Muy bien!).

Señor Vasconcellos. — Pido la palabra para una cuestión de orden.

Señor Presidente. — Tiene la palabra el señor Diputado.

Señor Vasconcellos. — Se me informa que la Cámara de Senadores adoptó por unanimidad un procedimiento para aprobar este proyecto; lo aprobó en primer término, y luego las distintas bancadas hicieron uso de la palabra para expresar sus sentimientos al respecto. Propondré que la Cámara de Diputados adopte exactamente el mismo procedimiento: aprobar primero el proyecto de ley, y a continuación que los oradores inscriptos hagan uso de la palabra.

Esta proposición responde a las siguientes razones: El Poder Ejecutivo necesita complementar lo necesario para que la ley tenga vigencia, y disponer, además, prácticamente, los elementos del Ejército para rendir los honores que se proyectan en esta ley.

Por este motivo solicito que de inmediato se vote el proyecto de ley, pu-

diendo continuar después los oradores que están inscriptos para hacer uso de la palabra.

(Apoyados).

Señor Presidente. — Si no se hace uso de la palabra se va a votar si se pasa a la discusión particular del proyecto.

(Se vota).

—Cincuenta y tres por la afirmativa: **Afirmativa.** — Unanimidad.

En discusión particular.

Léase el artículo 1º.

(Se lee).

—Si no se hace uso de la palabra, se va a votar si se aprueba el artículo leído.

(Se vota).

—Cincuenta y tres por la Afirmativa: **Afirmativa.** — Unanimidad.

El artículo 2º es de orden.

Queda aprobado el proyecto y se comunicará.

Varios Señores Representantes. — Que se comunique de inmediato.

Señor Presidente. — Se va a votar si se comunica de inmediato.

(Se vota).

—Cincuenta y tres por la Afirmativa: **Afirmativa.** — Unanimidad.

Señor Presidente. — Tiene la palabra el señor Diputado Puig.

Señor Carlos V. Puig

Señor Presidente: En nombre del bloque nacionalista de la Cámara de Representantes vamos a dejar encendido testimonio de nuestro dolor, que es dolor de la República, por la muerte inesperada del eminente ciudadano doctor Gustavo Gallinal.

En esta hora en que el país vibra con emoción que tiene profundos acentos de amargura, superamos las diferencias en los modos, en los estilos y en lo programático que separaron al doctor Gallinal, en los últimos años de su militancia cívica de la ejecutoria de nuestro partido.

Medimos hoy como medimos ayer la suma de sus agitados desvelos por servir a la Nación, por la sinceridad de su conducta, la honrada actitud y el franco ademán republicano. A estos aspectos está vinculada la ostensible figura del doctor Gustavo Gallinal sin enfrentarse, complementándose. Así era de alta su aptitud cardinal en el arduo magisterio a que ajustó su vida de estadista. De ahí emerge, señor Presidente y señores Diputados, la grandeza de este homenaje que es colectivo. Emerge de ese saber andar sin recámaras, de ese cumplir a su modo, modo patricio con los deberes para con la República.

Evocamos al doctor Gallinal como universitario inteligente y de amplitud y como catedrático de literatura española. Puede afirmarse en esta hora de homenaje de recordación a su nombre y a su figura, que donde él estaba

estaba tonante, vigente la cátedra. Tal era su sabiduría, tal la exquisitez de su espíritu y tal su fuerza vocacional para enseñar.

Porque era en nuestro entender, maestro: por el saber, por el decir, y por el sentir.

Alguna vez hemos oído expresar a felices discípulos de su curso que proclamaban su embarazo entre no atinar qué títulos admirar mejor: si los del hombre culto y profundo en su materia o al profesor sin acento profesoral, pero conductor al fin por la virtud auténtica del arte magistral de la enseñanza.

(Muy bien!).

—Lo evocamos desde esta banca legislativa como constituyente, como diplomático, como legislador —Diputado o miembro del Senado— o como integrante del Poder Ejecutivo. En esas largas y azarosas faenas de la vida pública fué un hombre de concepto: fué un forjador del derecho, fué además, algo que siempre hemos tenido por alto título: un hombre constructivo. Perfeccionó iniciativas; cuidó de la ley para que fuese justa; fué él mismo creador en el plano legislativo. Actuó poniendo entre sus manos realidades, y no menospreció las doctrinas que respaldan el derecho escrito. Sirvió a la República con todas las vocaciones inconfundibles de su elocuencia y de sus conocimientos.

Como político puede afirmarse en esta Cámara que fué un luchador, tanto como lo fué desde el punto de vista de la creación y la clarificación de los conceptos históricos sin apremiarse —podemos proclamarlo en esta mañana de despedida— por ninguna inquietud partidista.

Bien está, señor Presidente, que al despedirlo en nombre de nuestro sector desde esta banca parlamentaria, evoquemos un concepto que por su contenido es grato a nuestro espíritu. Al descubrirse en Santader la estatua de Menéndez y Pelayo, aquél espíritu ejemplar que fué Antonio Maura hablaba en nombre del Gobierno español, proclamó como una de las altas victorias del artista "la de que hubiese sabido comunicar al mármol el estremecimiento y el latido de la vida de Menéndez y Pelayo". Nuestra preocupación como legisladores y como integrantes del Partido Nacional veríase ampliamente cumplida, si en el andar agitado o en el andar sereno de la vida pública de hombres, colectividades o partidos, la justicia histórica remontase un día las gradas y pudiese exhibir, pudiese mostrarnos "los estremecimientos y los latidos de la vida", del ciudadano que desaparece, al que despedimos en nombre del Partido Nacional.

Este es pues el homenaje de nuestro sector, y él no estaría cabalmente cumplido, si no expresáramos también, en su nombre, nuestros sentimientos de profundo pesar al sector Nacionalista Independiente.

(Muy bien!).

—Y finalizamos nuestras palabras, formulando moción en el sentido de que la Cámara se ponga de pie, pase nota de pésame a los deudos del doctor Gustavo Gallinal, y les envíe igualmente la versión taquigráfica de los

discursos pronunciados con motivo de este homenaje, que es de la Cámara y que es del país.

He terminado.

(Muy bien!).

Señor Presidente. — Tiene la palabra el señor Diputado Blanco Acevedo.

Doctor Daniel Blanco Acevedo

Señor Presidente: En nombre del sector a que pertenezco del Partido Colorado "Libertad y Justicia", adhiero a las expresiones de dolor exteriorizadas en esta Cámara con motivo del fallecimiento del doctor Gustavo Gallinal.

Lo recuerdo, aún ahora después de tantos años transcurridos, en aquellas aulas de la Facultad de Derecho, en que teníamos grandes profesores, como Pablo de María, Carlos María de Pena, Brito del Pino, Irureta Goyena, Eduardo Acevedo y tantos otros que han honrado a la vida nacional. Lo recuerdo aún ahora, con aquellos condiscípulos que después, en su trayectoria política, honraron también la vida nacional como Washington Beltrán, aquél gran orador y eximio parlamentario; con Eduardo Rodríguez Larreta, cuya trayectoria política todos conocemos; con Amador Sánchez, fallecido hace poco, que ilustró también el Senado de la República; con Horacio Maldonado, cuyas actividades literarias y políticas son de todos conocidas; con otro grupo también numeroso de universitarios y de intelectuales, que se ha destacado más tarde. Lo recuerdo bien a Gustavo Gallinal, reconcentrado en sí mismo, taciturno, con una intensa vida interior.

Seguía sus cursos de derecho, pero paralelamente se dedicaba al arte, o la literatura y a la filosofía, comprendiendo bien que no está solamente en los textos de la vida, sino que la cultura debe ser ampliada en todos los sectores de la inteligencia.

Después, señor Presidente, hemos contemplado su admirable actuación política, en la alta política. No quedó como decía el señor Diputado Lepro, en su torre de marfil; llamado a la plaza pública sobresalió en esas actividades partidarias, que han recordado aquí los señores Diputados, salió de su cátedra a la que honró, de esa cátedra que le permitió enseñar a las nuevas generaciones.

Fué un hombre completo. Acumuló en el largo tiempo de su actuación una cultura superior, y como en la parábola de Rodó, no fué como Ajenor, el héroe que va ensimismado a su ideal sino fué como Idomeneo, que respondía a las llamadas de la naturaleza, que contemplaba las bellas flores, que admiraba el espectáculo del cielo estrellado, que contemplaba el correr de las aguas de los ríos.

Su vida, señor Presidente, fué un ejemplo para las nuevas generaciones. Honesto, estudioso y enérgico, ejercía la política como patriota, por encima de los intereses partidarios. Por eso, nuestro sector se asocia emocionado a este homenaje, que hoy tributamos a esa eminente personalidad.

(Muy bien!).

Señor Tomás G. Brena

Señor Presidente: La Unión Cívica rinde su emocionado homenaje el doctor Gustavo Gallinal, que ha muerto después de realizar una fecunda obra patriótica al servicio de su partido y del país.

Si a menudo se dice de los hombres políticos que realizan el servicio de la patria a través de esos conglomerados esenciales de la sociedad política que son los partidos, con cuánta más razón no podría aplicarse el concepto al doctor Gustavo Gallinal, que en la plenitud de sus condiciones intelectuales y morales, y desdeñando los lucros económicos, se entregó al servicio de grandes ideales políticos por un amor entrañable a la República.

Fué un servidor auténtico de ideales y si como se ha dicho, la mejor actitud del hombre es la de servidor, él lo fué en el sentido más amplio de la expresión. Fué un servidor de ideales culturales a través de sus libros admirables, en los que profundizó conceptos de filosofía, de sociología, de historia y de literatura; fué un servidor de la cátedra en la enseñanza de su materia preferida, la literatura; fué un servidor de la familia, que él fundara como un tronco poderoso que dió ramales multiplicados y ejemplares; fué un servidor de la libertad, a la que proclamó desde su sitio político y democrático con una conducta sin mácula.

Morir, entonces no es desaparecer del todo; es apenas un tránsito ya que la vida que ha vivido en ese tránsito ha sido un ejemplo para los suyos y un ejemplo para el país.

Un maestro de mi filosofía, que fué también la suya, afirmó que "un orden terrestre estable jamás podría ser instaurado en el mundo si el hombre no conserva la conciencia de su condición de itinerante". El doctor Gallinal tuvo esa conciencia de ser un peregrino en la vida y trató de vivir entonces apresuradamente en su pensamiento y en sus actividades, incorporándose lo del panorama exterior a su propia riqueza y a su propia cultura para luego devolverlo también enriquecido al servicio de sus semejantes.

La vida del doctor Gallinal, desde este punto de vista, fué una de esas vidas fecundas. Y a él no se le podría aplicar la palabra del salmista destinada a los débiles: "He vivido como una sombra y me he agostado como el heno." Por el contrario, él vivió como una luz rieladora de bienes y su vida perdura en una inmortalidad dadivosa para sus familiares y para sus correligionarios. El doctor Gallinal sirvió esos inmensos ideales de fraternidad que también servimos nosotros en el orden político, y a los que él entregó un profundo desinterés. Muchas veces se habla de los políticos como de personas que buscan su bien propio. En realidad, en todos los órdenes de la vida, hay quienes sirven a su bien propio y hay quienes sirven al bienestar ajeno. Los que sirven el bien propio no ven más que ese bien, que se realiza al margen o en mengua del bien común. Los que buscan el bienestar general, hacen una

vida de ofrenda para los demás, y esa vida fué la que realizó en el sector político el doctor Gallinal.

En la oratoria parlamentaria, donde brilló de manera tan alta, sus consejos, sus conceptos, tuvieron esta altitud. En la vida de los libros donde él dejó páginas admirables, alcanzó igualmente esta altura de conceptos. Y brillaron además sus consejos en el Senado, en la Cámara de Diputados, en el Consejo Nacional de Administración, en el Ministerio de Ganadería y Agricultura, como un ejemplo de lo que es un hombre entregado totalmente al bienestar colectivo.

Dice un filósofo, que "para penetrar el misterio de las profundidades es preciso a veces mirar las cumbres". El fuego que está ubicado en el centro de la tierra, solamente aparece en la cima de los volcanes. El doctor Gallinal ha sido una de esas cumbres en la vida política y social del país. Ahora está más allá del tiempo; pero creo que los representantes de los distintos sectores políticos, cada vez que queramos penetrar el sentido de esas profundidades de la política, afanosa realizadora del bien común a través de tantas contradicciones, tendremos que mirar a cumbres como ésta que se levanta enhiesta coronada de un fuego de ideales, que no mueren, que es al tiempo llama y que es al tiempo enseña para los que peregrinamos por el mundo en busca de verdad, de justicia y de paz.

(Muy bien!).

Señor José León Lezama

Señor Presidente, señores Representantes: Cuando desaparece para siempre físicamente un ciudadano de las virtudes morales y de la ilustración del Senador doctor Gustavo Gallinal, en momentos que el país esperaba aún mucho de su talento y de su comprensión del dolor humano, es cuando más resalta y se pone de manifiesto la necesidad de hombres de sus condiciones, para que la Patria pueda marchar por senderos que la conduzcan, sin desvíos, hacia un porvenir mejor, y para que la colectividad sea defendida con acierto en sus derechos.

Y dándome cuenta exacta de mi humildad frente al ilustre muerto, debo con las palabras pronunciadas, dejar fundada, en nombre de mi partido y en el mío propio, la adhesión total a los justos homenajes decretados al que fuera reconocido como uno de los nuestros, más positivos valores en los distintos medios en que le tocó actuar.

Y dirigiéndome en forma especial a las bancadas del partido político a que pertenecía el doctor Gallinal, les presento la seguridad de nuestro sincero sentimiento, por tan grande pérdida sufrida.

Nada más, señor Presidente.

Doctor José Pedro Cardozo

Señor Presidente: El Partido Socialista expresa su adhesión al duelo nacional producido por la muerte del doctor Gustavo Gallinal. La expresa aún sin entrar, como se ha querido, a una innecesaria e inoportuna polémica política sobre hechos de estos días.

(No apoyados).

—Considera mi partido al doctor Gallinal, como a uno de los ciudadanos más destacados de este país. No sólo por la eficiencia y el alto mérito de su acción pública como legislador, como publicista, como constituyente, como Ministro, como Embajador, como profesor, sino también por la calidad moral con que ejerció esa acción pública.

Un hombre puede llevar a cabo una intensa actividad pública; puede esa actividad aún ser fecunda en algunos aspectos y no alcanzar sin embargo, el respeto y la consideración de sus conciudadanos. No fué éste el caso del doctor Gallinal. El supo conquistar la confianza y la alta estima de todos sus compatriotas por sus dotes intelectuales, sí, por su cultura, por su capacidad; pero también —y acaso especialmente— por su aptitud moral para la lucha, por la rectitud y la prestancia de su trayectoria personal cívica.

Fué consecuente con sus ideales y los sirvió con dedicación, con limpieza y con sacrificio. Con notorio sacrificio; y no sólo en horas inciertas para el país, afrontando la prisión y el destierro, —que afrontó dicho sea al pasar no por lirismo sino por responsable y consciente consecuencia con sus principios, con su Partido y con su país—, sino también —es necesario decirlo— en las horas normales de la vida de la República.

Hacer política de este modo, es hacer docencia política; es dictar una lección permanente a la ciudadanía, aún cuando se cometan errores, aún cuando la misma ciudadanía discrepe con las soluciones que el político sostiene o preconiza.

Gustavo Gallinal representó a este tipo de hombres públicos.

Estos homenajes traducen pues, en nuestra opinión, en nuestra firme opinión, el respeto y el agradecimiento del país. Nosotros, los Diputados socialistas, al sumarnos al sentimiento público, al integrar con esta actitud que asumimos, con la expresión de estos sentimientos, el hondo sentimiento público, nos inclinamos con emoción ante esta gran figura desaparecida.

Señor Juan Carlos Schauricht

Señor Presidente: Nuestro sector, por la palabra elocuente del señor Diputado Lepro, ya ha rendido su homenaje al gran ciudadano que acaba de desaparecer. Séame permitido a mí, antiguo alumno del aula de literatura del doctor Gustavo Gallinal, adherir expresamente a este homenaje y a este dolor.

Quien sólo contemplara al pasar la figura señorial del doctor Gallinal, podía pensar que esa elevada frente estuviese siempre ocupada en bellas ensañaciones, en la búsqueda de la armonía, de la belleza de las ideas y de las palabras. Pero, por poco que se acercara a ese gran ciudadano, se advertía de inmediato que pisaba firmemente en la tierra. Que sabía soñar, pero que sabía construir.

Había en ese espíritu cimero del doctor Gustavo Gallinal como dos vertientes que se apoyaran mutuamente, armonizándose de manera perfecta. En una de esas vertientes encontrábamos al hombre de letras, al conferencista, al escritor, al buscador de la belleza en las divinas palabras; en la otra vertiente estaba el constructor, el legislador, el constituyente, el estadista, el recio luchador político.

El afán de noble belleza no lo abandonaba el doctor Gallinal, cuando bajaba a la arena política, a nuestra candente arena política, siempre pasional y tantas veces cruel. El doctor Gallinal bajaba a la lucha política con las armas limpias, con la visera en alto, a cara descubierta. Todos sabíamos cuál era la posición que ocupaba; todos sabíamos cuál era su propósito.

Podíamos discrepar con él —a veces discrepamos— pero siempre teníamos la seguridad, la más absoluta seguridad, de que su intención era limpia y que su propósito era honrado.

(Muy bien!).

—El doctor Gallinal conquistó —sin hacer uso de los codos—, las más altas posiciones políticas a las que puede aspirar un ciudadano en esta República. Lo fué todo; ya se ha dicho en Cámara y no lo voy a repetir.

Baja a la tumba el doctor Gallinal como envuelto en una gran bandera: la del respeto nacional. Muere rico en honores, tan rico en obra realizada, como pobre en bienes logrados.

Fué un caballero de nuestra política, un caballero en el sentido que Bernard Shaw le da a esta palabra. Caballero, para el gran dramaturgo inglés desaparecido, era aquél que daba a la vida mucho más de lo que la vida le había dado.

(Muy bien!).

—El doctor Gallinal baja a la tumba rodeado por el respeto de toda la República. La vida —se ha dicho— se puede vivir sólo de dos maneras: quemándose o pudriéndose. El doctor Gallinal vivió la vida de una manera tan limpia, tan bella, quemándose en la llama de un ideal, que esa vida suya ilumina y ennoblece la vida política de la República.

(Muy bien!).

Señor Euclides Sosa Aguiar

Señor Presidente: Voy a decir dos palabras, simplemente, a título personal; más que personal, personalísimo.

El doctor Blanco Acevedo, en nombre de la unanimidad del sector, se ha expresado con total justeza y sobriedad. Nadie podría hacerlo de mejor manera que él. ¿Por qué digo entonces yo estas pocas palabras? Porque creo que hubieran sido gratas al ilustre muerto, emanadas, como emanan, de quien fué, en un episodio parlamentario vivido en épocas que el doctor Gallinal era Ministro de Ganadería y Agricultura, su ardoroso contendor.

Y otro motivo más: hace pocos días, tan pocos que podrían contarse con los dedos de las manos, tuve la fortuna de platicar largamente con el doctor Gallinal. Sus palabras, sus razonamientos y su discurrir eran serenos como convenía a un hombre de su alta estirpe intelectual y de su afinada cultura. La conversación recayó sobre hombres que están en posición antípoda, radicalmente antípoda a la posición política del doctor Gallinal y a la mía propia, y a mí me sorprendió —aunque lo sabía un hombre de gran elevación espiritual— su enorme tolerancia y su indulgencia contagiosa para juzgar de hechos y de hombres.

Cuando yo me retiraba pensé: "Este hombre tan acerado, combatiente implacable, ha sido ganado totalmente por la serenidad"; por la serenidad que para mí es el galardón más alto y máspreciado a que puede llegar un hombre público. Porque, señor Presidente, el saber puede atesorarse mediante el estudio ahincado; la laboriosidad puede conquistarse mediante una férrea disciplina y un indomable ahinco; a la honestidad no me refiero porque es presupuesto indispensable del hombre público. Pero para llegar a esa augusta serenidad que envolvía al doctor Gallinal, había que sufrir una especie de decantación espiritual, capaz de aventar todos los rencores, todas las malquerencias o toda la parte impura que puede haber en el alma humana.

¿Qué nos deja como saldo esta vida? En el campo de la cultura, ya se ha dicho: una larga y continuada docencia ejercida con calidad señera; algunas páginas que deben contarse entre las de prosa más castiza y más tersa que hayan visto la luz en nuestro país, tal como las de "Hermano Lobo", ese delicioso ensayo donde afluyen caudalosamente esas ideas de caridad y de fraternidad a que se refería el señor Diputado Brena.

¿Qué más deja? El recuerdo de haber sido un jurisconsulto eminente. Pero por encima de todo eso, señor Presidente, deja el recuerdo de su vida política, rectilínea y brillante, vida política que yo diría sin claroscuros, cumplida toda ella bajo la égida de la dignidad cívica y de la altiva pobreza, blasones que no me parece demás destacar en un Parlamento de América, continente donde por desgracia el servilismo político y el gobernante rapaz no son una cosa de excepción.

Creo, señor Presidente, que honra al Parlamento Nacional esta votación unánime que se ha hecho, votación unánime en momentos en que salimos de un ardoroso pleito comicial, lo que me hace pensar en la aplicación que tiene en este instante y en nuestro medio aquella frase que Avellaneda pronunció en circunstancias luctuosas similares: "No estamos tan radicalmente separados, cuando somos capaces de reunirnos todos para enterrar con honor a nuestros grandes muertos."

Nada más.

(Muy bien!).

Señor Presidente. — Léase la moción del señor Representante Puig.

(Se lee):

"Mociono para que la Cámara se ponga de pie, envíe a los deudos del doctor Gustavo Gallinal nota de pésame y la versión taquigráfica de los discursos pronunciados, y designe un orador para que despida los despatos mortales en nombre del Cuerpo. — **Carlos V. Puig**, Representante por Florida."

Señor Presidente. — Se va a votar la moción que acaba de leerse.

(Se vota).

—Cincuenta y cuatro por la afirmativa: **Afirmativa.** — Unanimidad.

La Mesa invita a la Cámara a ponerse de pie.

(Así se efectúa).

—En cumplimiento de lo resuelto, la Mesa designa para hacer uso de la palabra en nombre de la Cámara, al señor Representante García Pintos.

Queda terminado el acto.

EN LA INHUMACION DE LOS RESTOS DEL DOCTOR GALLINAL
QUEDO EVIDENCIADO SU PRESTIGIO NACIONAL
CON DISCURSOS DE MUY ELEVADA JERARQUIA FUE DESPEDIDO

Discurso del Ministro del Interior

En nombre del Poder Ejecutivo habló, iniciando la oratoria, el Ministro del Interior, señor Juan Francisco Guichón, pronunciando el siguiente discurso:

El Consejo de Ministros me ha confiado la misión de despedir al doctor Gustavo Gallinal. Y la cumplo con el espíritu atribulado. Como una prolongación de la pesadumbre que embargaba los ánimos en el mediodía de ayer, cuando nos sentamos en torno a la histórica mesa de trabajo que él honró en función de Consejero Nacional, primero, y como ministro de Ganadería y Agricultura después.

Había transcurrido apenas una hora de la noticia de su muerte. Y el Consejo estaba reunido extraordinariamente para proponer las honras fúnebres correspondientes a su alta jerarquía.

Flotaba en el ambiente sereno de la sala, la densa y apretada emoción de las grandes pesadumbres. La congoja patriótica de una pérdida irreparable para la República. Acababa de extinguirse una bella vida.

La vida ejemplar de un gran ciudadano.

Una tras otra fueron levantándose las voces de los integrantes del Consejo. No hubo un silencio ni una reserva.

Inició el diálogo el Presidente trazando una ceñida semblanza del eminente hombre público desaparecido.

Lo seguimos, uno a uno, los ministros. Se exaltaba la personalidad esclarecida del estadista, el demócrata, el humanista, el artífice de la palabra, el ciudadano ejemplar.

Nos asalta el temor de no estar a tono con la pesadumbre comprensiva del Consejo de Ministros ni con la jerarquía del compatriota desaparecido. No es tarea fácil proyectarse a tan altos planos. Ni aún llevado por la emoción unánime de la ciudadanía.

Merece todos los homenajes quien como el doctor Gallinal desempeñó con suprema dignidad los más altos cargos. Diputado, senador, constituyente, ministro de Estado y Consejero Nacional, respondió ampliamente a la confianza depositada en él por la ciudadanía honrando la función pública.

Su vasta ilustración y su fina sensibilidad artística le permitieron desarrollar también en el campo de la literatura y la alta docencia. Humanista en el amplio y noble sentido de la expresión, sirvió a la causa de la persona humana desde todos los ámbitos y, muy particularmente, del de la cultura.

Supo del exilio sobrellevando sus amarguras con serena pero inquebrantable firmeza. Y de él regresó limpio de resentimientos. Tal como correspondía a tan alto espíritu.

Cae en plena madurez de su talento, su cultura, su carácter. ¡Cuando tanto era dable esperar de su excepcional capacidad para el bien! ¡De su encendida vocación por la causa pública! ¡De sus condiciones de estadista eminentel

Y cae con la serenidad de los fuertes. Sobrecoge la grandeza de alma que trasciende de ese dulce y conmovido diálogo de la despedida con los suyos. Atenúa la grave solemnidad de la hora con la gracia de una fina ironía impregnada de honda y estremecida ternura. Su vida se extingue con la belleza moral de todas sus horas.

Sencillo y grande en la vida. Grande y sencillo en la muerte. Amó a su patria y a su pueblo fervorosamente. Y le sirvió con talento y austeridad ejemplares. Por eso su patria y su pueblo se inclinan reverentes y emocionados ante su cuerpo yacente. Y le despiden con la congoja reservada para sus hijos ilustres.



Un aspecto del numeroso publico que rodeó los restos del doctor Callinal al llegar al Cementerio Central.-

EL DOCTOR PANTALEON ASTIAZARAN HABLO POR LA CONVENCION DEL PARTIDO

Ciudadanos:

Mis modestas palabras son pálida exteriorización del dolor que en filas del Partido Nacional Independiente, en representación de cuya Convención hablo, ha producido la irreparable pérdida sufrida con la inesperada muerte del doctor Gustavo Gallinal.

Y este inmenso y colectivo dolor desborda los límites partidarios, pues puede decirse sin hipérbolo que la Patria y la Democracia uruguaya están de duelo. Aquélla ha perdido uno de sus hijos más ilustres y preclaros; y ésta, uno de sus soldados de avanzada más valientes y más desinteresados.

Porque Gustavo Gallinal fué, por encima del luchador partidario, un patriota de verdad y un abnegado y recto luchador sin desmayos por la democracia.

Sus grandes condiciones de ciudadano pudieron hacer de él un predeterminado favorito de la fortuna y de la tranquilidad. Pero, él prefirió a la conquista relativamente fácil para él de laureles ya que le sobaban condiciones de literato, escritor, historiador y preparación suficiente en las nobles disciplinas del derecho, prefirió, digo, a esa conquista de laureles, la lucha azarosa, llena de asechanzas, de sendas escabrosas, que exige valentía para la acción, desinterés ciudadano, carácter y voluntad para afrontar situaciones de injusticia que crean a veces la incomprensión y otras el mezquino sentimiento de envidia.

Fué un activo y valiente militante del viejo y glorioso Partido Nacional, en cuya representación integró la Asamblea Constituyente del año 17 para reformar la constitución; después legislador reelecto como tal por tres periodos consecutivos y cuando los acontecimientos políticos de lamentable recuerdo para la ciudadanía dividieron al viejo Partido, nuestro sector, haciendo justicia a sus grandes merecimientos y aptitudes, lo llevó a ocupar un puesto en el seno del Consejo Nacional de Administración, en la hora de la crisis económica más grave que ha soportado el país y allí el benjamín de ese cuerpo de Gobierno hizo pesar muchas veces la fuerza irrefutable de sus argumentos y siempre acompañó con su voto para decidir las medidas de salvación nacional que eran imprescindibles para salvar la economía del país.



Otro momento del acto del sepelio mientras hacía uso de la palabra en representación del Poder Ejecutivo el doctor Juan Francisco Guichón. Rodeando al féretro pueden verse el Presidente de la República, Ministros, los Presidentes de la Convención y del Directorio del Partido y diversos miembros de las autoridades partidarias

Cayó junto a las instituciones democráticas el 31 de marzo de 1933 y soportó con máximo estoicismo prisiones, persecución y destierro. Y si hasta esa fecha su actuación política mereció aplauso y apoyo partidario es en esas circunstancias adversas cuando se agiganta la figura magnífica de este gran ciudadano. El representante del Partido en los organismos de gobierno privado arbitrariamente de su mandato popular haciendo honor a su juramento de respetar y hacer respetar la constitución de la República, no se "amansó para vivir", y muy por el contrario integra el cuadro de los ciudadanos que luchan en primera línea en los puestos de responsabilidad para reencauzar al país por el sendero del respeto a las leyes y a las instituciones que democráticamente se diera el pueblo.

Y aparece en él el magnífico dirigente partidario con cabal sentido de responsabilidad. La lucha es ardua y sin descanso y cuando nuestro Partido creyendo servir mejor los intereses públicos, viendo respetados sus derechos, decide reintegrarse a las luchas cívicas, como no podía ser de otra manera el ilustre nombre del doctor Gustavo Gallinal ocupó lugar preferente en la lista de candidatos a los cuales el Partido iba a confiar en el Parlamento la defensa de sus principios.

Habiendo ingresado al Senado, circunstancias especiales hicieron que el Gobierno de aquella época lo designara Ministro de Ganadería y Agricultura, cargo desde el cual sirvió con capacidad y con honradez los supremos intereses del país.

Desde todos los puestos que ocupó sirvió al país sin apartarse de los principios del partido.

Y si esa actuación de legislador, ministro, consejero de Estado y diplomático, hizo de él una respetable personalidad política nacional, justo es hacer resaltar que Gustavo Gallinal, dirigente partidario, se hizo acreedor a la admiración de los que actuamos en política anteponiendo los supremos intereses del país a los muy caros y legítimos intereses partidarios.

Planteadas reiteradamente nuestras luchas internas, Gustavo Gallinal con un cabal sentido de responsabilidad de dirigente, afrontó con patriótico valor circunstancias difíciles, soportó la crítica que nosotros consideramos injustificada, se jugó su destino político personal, y con la visión de una patria mejor se lanzó a la lucha llena de asperezas, buscando tan sólo la satisfacción de haber servido honradamente a su país desde las filas de su partido y siguiendo las directrices que éste le marcara a la colectividad que eran coincidentes con las suyas.

Fué un auténtico nacionalista: soldado activo de la democracia; celoso defensor de la constitución y de las leyes; respetuoso del derecho ajeno, con verdadero espíritu de sacrificio personal para la defensa de sus ideales: no cedió jamás y sí como todo hombre de actividad continua y múltiple consejo de su hombría de bien, de su sana intención y de su patriótico desinterés personal. Por todo ello, en este doloroso instante en que sus despojos mortales

envueltos en un girón del alma colectiva de la democracia uruguaya, frente a las enlutadas banderas de la patria, van en busca del descanso eterno, la Convención del Partido Nacional Independiente por mi intermedio, presenta armas inclinando reverente la limpia bandera principista que él tan valiente y tan eficazmente defendió y le dice a manera de juramento a cumplir como él cumplió con el suyo: Doctor Gustavo Gallinal, valeroso soldado sin tacha de una noble causa, legislador nacionalista, ministro y consejero de Estado: llenaste tu vida con actitudes ejemplares; cumpliste con tus deberes de ciudadano y de partidario: duermes tranquilo que el Nacionalismo Independiente, partido al que honesta y desinteresadamente serviste y patrióticamente dirigirte en la lucha, seguirá tu magnífico ejemplo, no arriará sus banderas, perdonará agravios sin apartarse del sendero de la dignidad ciudadana que contigo recorrió y será siempre una fuerza moral limpia y para el servicio de los supremos intereses del país y de la democracia.

Gracias por tu esfuerzo y por tu ejemplo!"

EL DOCTOR PAYSEE REYES REPRESENTO AL DIRECTORIO

Ciudadanos:

La República —sorprendida y consternada— con la muerte de Gustavo Gallinal ve partir, definitivamente, a un ciudadano esclarecido y a una "figura representativa de la Patria".

El Gobierno Nacional ha decretado los más altos homenajes a esa vida ilustre. Ejecutivo y Parlamento han expresado con reconfortante altura de miras, un juicio que será histórico, sobre Gallinal, ciudadano, profesor, ensayista, gobernante, diplomático y legislador.

El Partido Nacional Independiente —cuyo dolor debo de interpretar en estas circunstancias de hondo desgarramiento— con Gallinal pierde "la llave de su política", lo que es perder algo de sí mismo.

Tan rotundo juicio, sintetiza el volumen de esta inesperada amputación.

Partido, el nuestro, acostumbrado al dolor en el correr de sus 20 años, y que una y otra vez apretó su corazón para despedir a Martín C. Martínez, a Leonel Aguirre, Alfredo García Morales, Ismael Cortinas, Domingo Baqué, Amador Sánchez y tantos otros nobles espíritus y seguros conductores, hoy como nunca siente el estremecimiento de perder lo insustituible y lo irremplazable.

Porque en Gallinal vivía el periodista insuperable que fué Leonel Aguirre, el pensamiento maduro que aleccionaba en Martín C. Martínez, la técnica que dominaba García Morales, la inquietud partidaria que sacudía a Cortinas, la finura espiritual de Amador Sánchez, la firmeza ejecutiva de Baqué. Quizá

cada uno de ellos y tantos otros, en su arista propia habrán presentado un perfil más neto. Pero Gustavo Gallinal impuso en la vida del Partido —por gravitación espontánea y trascendente de su compleja y enorme personalidad— su filosofía, su estilo y su ademán. Y así, esta colectividad cívica, en estos 20 años de luchas sin desfallecimientos, tan ardua, tan intensa, tan amarga a tiempos, tan humana siempre, jamás tomó un rumbo, ni encaró un problema, ni halló una solución, sin que en ello no vibrara la presencia total de Gustavo Gallinal.

Y este hombre no era un caudillo, ni tenía ambiciones, ni carácter duro, ni se sentía predestinado.

¿Cuál es, entonces, el secreto magistral o exquisito de tal dirigente político, que semejante gravitación ejerce? ¿Por qué Gustavo Gallinal fué una llave maestra... , cuál era su arte y su gracia... , cuál fué su fuerza... , dónde reside su mérito?

¿Qué fácil es explicarlo, para la razón —pero qué terrible es para el sentimiento, para el mío, transido hoy por el dolor— hallar ánimo y palabras y entereza para trazar la clara silueta, en brochazos precipitados, cuando las lágrimas nublan la visión, la garganta se anuda y el corazón sangra!

Decir esto, ya es entrar en el sendero de la explicación de la magia de Gallinal. Es que su gravitación y su lección no dimanaban de un técnico, al cual puede valorarse y analizarse, ni del orador avasallante; ni del político habilidoso; ni del poeta inspirado o del fino ensayista; ni del ardiente o dinámico partidario; o del erudito y paciente profesor.

Gallinal es una enorme y múltiple expresión humana, que por los sutiles vericuetos de la razón y de los sentimientos, se trasmite, y se cuele y penetra y se afirma. Ningún rigor lo define, aunque su espíritu estuvo encendido por la fe; ninguna pasión lo enceguece, aunque sus sentimientos siempre eran cálidos; ninguna directiva lo empaca, aunque la vacilación jamás lo detuvo.

¿Qué era... , qué era este hombre, que se proyectó tan hondo en un Partido difícil, inquieto y hasta áspero como el nuestro?

Fué un hombre total, humano, recto y tierno, siempre gallardo; una espléndida síntesis humana, una rica mentalidad, enojada con múltiples conocimientos, con amor por las bellas letras y las bellas formas... Tenía una causa, a cuyo servicio entregó su vida: la Causa del Hombre, del ser humano, del creado por Dios a su imagen y semejanza.

La suya, no fué la causa del Estado, del Partido, del Servicio Público, de la Facción o el Sindicato, de la Tendencia o la Clase. La suya, de raíz cristiana, fué la "Causa del Hombre". De ahí su grandeza, de ahí su fuerza, de ahí su estilo y su ademán. No trajo a la política un sistema mental, ni una solución dogmatizada, ni una técnica alambicada o firme, ni una escuela extravagante o envejecida.

Puso, sí, siempre, en cada hora y en cada problema, su vibración humana, su yo. Esta fué su lección! El sabía, sí, el sentía, que la técnica de las finanzas, la técnica de la administración, la técnica jurídica, que todas las técnicas y todos los sistemas y todas las pragmáticas y todos los planes —lo

sabía, sí, lo sentía, sí como el Santo de Asís a quien tanto recordaba— no le dan al hombre la paz esencial, base de la felicidad relativa. De ahí que, hombre seguro de su paso, porque una estrella esclarecida le fijaba el rumbo, diera tantas veces la impresión desconcertante de sus vacilaciones.

Fué el hombre proyectándose a toda hora; el hombre a quien la vida no lo irritaba y a quien la idea de la muerte no lo deprimió; fué el hombre que trascendía, que trascendió en hijos, formando un hogar de viejo estilo, rico en hijos, en 11 hijos —en todo. Gallinal se desbordaba generosamente— formando junto a una mujer admirable, donde él, tan fuerte en el pensamiento, era la ternura verdadera frente a los hijos y el respetuoso admirador de las directivas impartidas por la madre. Fué el hombre que ajustó su vida a los 10 mandamientos de la Ley; que respetó el dolor ajeno como sagrado, porque sentía el propio y el de los suyos, como sagrado; que respetó el hogar ajeno como sagrado, porque el suyo así lo es; que sin bienes propios, no envidió los del prójimo, porque sabía que el oro, el auténtico y legítimo, es el que se lleva en el corazón, y el suyo era purísimo. Su talento y su capacidad puestos a la conquista de la riqueza personal, hubieran dado el más alto interés; pero los entregó a su causa, con el señorío de su generosidad. Sintió todos los dolores, pero tuvo el pudor de los suyos; fué sencillo; llegaba a sufrir evidentes síntomas de timidez; no sabía despremiar ni ridiculizar, no podía ser mordaz, no pretendía aleccionar, y con simple naturalidad dejó de lado las pompas y los ropajes y los usos protocolares. Era un gran señor sin mundanas vanidades, que poseía la altísima elegancia de su espíritu y no afectaba elegancias banales; era capaz de la encendida e iracunda reacción del justo y del probo engañado, pero de inmediato su espíritu recobraba la mansedumbre. No predicó moral, pero vivió en el ejercicio de las moralidades esenciales, sin arrogancias. No consentía con el pecado ni el mal, pero la comprensión era su norma. Sus sentimientos, ¡cuánto y cómo se herían, cómo sufrían con las intemperancias y las rudezas! No perdonaba, porque no tenía jactancia, pero ¡cuán infinita era su comprensión!

Su espíritu tenía calidad, tenía "oriente". Las letras, las artes, lo bello, tranquilizaban y elevaban al hombre político, y por eso el luchador —por ser selecto— gozó del beneficio de esa decantación.

El hombre era tan fuerte en él, tenía tal dimensión, que se permitía el lujo de la ingenuidad y de encantadoras y típicas distracciones. Quienes gozamos del privilegio de su amistad diaria, de su conversación múltiple, de su diálogo rico que salpicaba el tema candente del suceso del día con el espectáculo imborrado en su recuerdo, del Acrópolis y del Valle Umbrío de Asís, no olvidaremos esa gracia incontenible de lo trascendente junto con el concierto del niño grande que se sacudía en el grande hombre.

Sabía mucho y tenía muchas ideas propias. Pero practicaba la sentencia cómo buscaba y respetaba la opinión ajena; cómo revaloraba sus ideas y sus de Joffre: "No será nunca jefe quien no sabe escuchar." ¡Y cómo escuchaba; cómo recogía las críticas con respeto, con gratitud

Y tenía una sola verdad absoluta: Dios. Practicó un catolicismo tradicio-

nal, con hondo sentido cristiano, cultivado y confrontado con disciplinas recibidas de clásicos griegos y latinos. Ello hizo de él, un ejemplar de hombre cabal, dentro del orden natural de la humanidad. Y así, en el juego de las cosas de los hombres, no era un dogmático, pero era seguro en su lealtad íntima, en la firme lealtad a su razón. Y por ello escuchaba; y como era fuerte, se rectificaba; y como era fuerte, no se entregaba a ningún preconcepto; y como era fuerte, no pertenecía a un grupo; y como era fuerte en su convicción, no se suicidaba en el interés parcial de Partido. Seguro en su limpia verdad, apasionado por el bien común, pensando siempre en la Causa del Hombre, podía desconcertar a sus parciales diciendo su verdad, aunque ella fuera la común de sus adversarios ocasionales o tradicionales.

De todo esto dicho así, en el fragor de mi amargura, surge la filosofía, el estilo y el ademán de Gustavo Gallinal. El, los trajo al drama político y trató de imponerlos en la vida del Partido y por ello fué grande y por ello en sus manos estaba "la llave de nuestra política".

En estas horas del mundo, en las que los hombres son tan adversos y duros, y crueles y malos hasta la perversidad —miremos los caminos del mundo—, él sintió y ejercitó la fraterna bondad y la tolerancia.

Y las trajo a la vida del Partido. Fué el hombre de las soluciones; no de las componendas; enseñó la política de la democrática y recíproca comprensión, no del subalterno acomodo; ejercitó la militancia sin desmayo, no para hacer proselitismos personales, sino para lograr apoyo a soluciones de entendimiento; su vida fué un haz de principios en acción, llevada por caminos empinados, espinosos y ásperos, pero porque sus pies sangraban en las piedras, aunque sus ojos estuvieran en la estrella, fué realista; jamás empañó su principismo, porque aunque él enseñó que es más digno el puño crispado en la calle que la mano tendida al poder, él vivió con sus manos fraternas siempre tendidas hacia todos los hombres de buena voluntad, por encima de las divergencias ideológicas.

Habló en las plazas, en las cátedras, en los Parlamentos, en los Consejos de Gobierno, en las academias y teatros, y en las tertulias familiares y de amigos. La palabra fué su arma de belleza, de lucha y de gobierno. De la suya puede repetirse "que llegaba a las fuentes mismas de la vida y estremecía las almas tendidas como cuerdas". Como de otro grande, de él puede decirse que "tenía el gran instinto del orador, la fina adivinación de la expectativa, el hallazgo de la frase afortunada que penetraba en remolino hasta el fondo de las almas y las sacudía".

Las suyas, sus palabras, las dichas en recientes debates internos y en el ámbito del país, aún conservan hoy, el estremecimiento de una verdad lograda con dolor, con roces de afectos, pero con prístina limpieza. Así hemos visto y sentido a Gustavo Gallinal en la vida y en la acción del Partido, con su bonhomía y desaliño exterior, pero en la vibración punzante y permanente de las fuerzas de su espíritu transparente y de la infinita bondad de su corazón.

De esta estirpe son los hombres que necesita una humanidad confundida para encontrar el camino de la paz.

Así lo sorprendió la muerte, en su andar y en su militancia. Así lo vimos morir, a lo largo de una noche plácida, en la cual todas las estrellas parecían brillar para esta nueva, que ya integra la constelación del decoro nacional. Al verlo morir, supimos cómo muere un justo, en la Paz del Señor, porque supo vivir en paz con su conciencia y con los hombres.

"La muerte lo llevó en sus brazos dulcemente, como una madre a su hijo dormido."

El Partido, el suyo, le forma cortejo silencioso y recoge su lección. Librada a la responsabilidad común, queda su cumplimiento.

EL SEÑOR H. CAMPS FAJARDO HABLO POR EL DIARIO "EL PLATA"

Al cumplir con el cometido de despedir los restos mortales del doctor Gustavo Gallinal, en nombre de "El Plata", quisiera cobrar la serenidad a que se oponen una solidaridad política de más de siete lustros y una reciprocidad afectiva que ha prevalecido sobre todas las amargas vicisitudes y las encrucijadas de tan largo recorrido.

La lucha siempre renovada y sin solución de continuidad que impone el periodismo político, impide con frecuencia, percibir cabalmente, de primera intención, las perspectivas de los sucesos; pero este sorpresivo golpe que para nosotros significa la muerte de Gustavo Gallinal, ha roto el equilibrio de la rutina y nos coloca frente a la realidad infausta de un doloroso desgarramiento. La emoción que se traduce en congoja, nos indica la percepción de la tragedia que vivimos, sin lograr recobrarlos y mantener el dominio reclamado para poder articular la despedida por intermedio de la palabra.

La actuación multiforme de Gustavo Gallinal en el amplio escenario de la República, sin términos dimensionales limitativos, le ha reservado lugar prominente en los más altos planos del pensamiento y de la cultura uruguaya.

Si nos fuera permitido hacer siquiera síntesis sobre la actuación política del doctor Gustavo Gallinal, procedería decir que fué un cerebro y una voluntad puestos al servicio de la democracia. Actuó por mandato de tal imperativo moral; y, en el acierto como en el error, el concepto ético le marcó el derrotero.

Tenía fe en el ulterior imperio de los valores morales a través de las normas jurídicas y dió a su prédica valor de levadura. Así, en las horas sombrías en que los negros nubarrones del despotismo oscurecían el horizonte de la patria, desposeído, injusta e inicua, de su limpio mandato popular, no se dejó ganar por el escepticismo.

Desde el llano, desde la cárcel o desde el exilio, preparó, y luego emprendió, desde el comando de la columna cívica, la azarosa marcha hacia la recuperación democrática del Uruguay.

Caledrático, ensayista y conferencista, parlamentario y estadista, tribuno multitudinario y hombre de acción, actuó siempre e invariablemente con un sentido didáctico, influenciado, seguramente, su espíritu, por el firme con-

vencimiento de que la solución de nuestro hondo y medular problema democrático radica en la preparación cultural del pueblo. Abrió profundo surco en la conciencia pública y con mano serena arrojó, confiadamente, la semilla. Intuyó el valor fermentario de la honorable y enfervorizada prédica y abonó su simiente con el ejemplo.

Tal vez jamás dió por plenamente cumplidas sus verdaderas inclinaciones vocacionales ni sus deberes de rectoría cívica; y en las horas de íntimo recogimiento, cuando el hombre de pensamiento logra inclinarse sobre sí mismo y detenerse en las auto-valoraciones, seguramente le asaltó la duda sobre los caminos a escoger para ejercer una más efectiva gravitación en la evolución política, cultural y moral de su pueblo y para dar satisfacción a su obsesida fe en el destino superior del hombre.

Hizo de la acción pública un apostolado; y en aras del mismo, sacrificó sus remarcables aptitudes de humanista, que, sin duda alguna, respondían a una vocación definidora de su fisonomía intelectual y polarizaban sus mejores entusiasmos. El crítico y el ensayista permanecían en potencia en él. A poco que se presentara la oportunidad propicia, surgía la vibración de su cuerda más sonora. El estilista depurado, sabía amalgamar los recursos de la riqueza retórica con el potencial conceptual: la cultura estética al servicio de las más elevadas concepciones del pensador. Vivió una vida noblemente cumplida, con una clara y diáfana dirección hacia la majestad de lo bello y de lo humano, bajo una acendrada disciplina moral. Y en esa plenitud espiritual, en su grandeza de alma y en la sencillez de su carácter, residió el señorío que ejerció por derecho de conquista, aún sin proponérselo y sin advertirlo.

Vivió la vida de los afectos, y en la hora de la partida sin retorno, cuando las pequeñeces de la vida vulgar y materializada, decantan y desaparecen bajo la afloración de los más elevados sentimientos, los afectos que sup encender, sirven de plinto a su recuerdo imperecedero.

Noble y entrañable amigo, descansa en paz.

EL DOCTOR JOSE PEDRO ARAMENDIA HABLO EN NOMBRE DE AMIGOS DEL DOCTOR GALLINAL

Señores: Es difícil hablar cuando las lágrimas se agolpan a los ojos y la emoción anuda la garganta. Es difícil expresar un dolor y una angustia que aún no alcanzamos a definir y comprender para nosotros mismos.

Pero quien fué ejemplo, el más alto y el más puro, del cumplimiento de los deberes que impone la convivencia social, merece plenamente que los amigos viejos y jóvenes, que compartimos con él luchas y esfuerzos, largas recorridas por los caminos de la República predicando fe y confianza en la democracia, horas de optimismo y de desánimo, jornadas diarias de amable y afectuoso esparcimiento, le digamos aquí en lugar de aquellas charlas inolvidables en la puerta de su casa, por vez postrera, nuestra devoción y nuestro afecto.

Gustavo Gallinal a todos nos parece más grande caído que de pie. Y sin embargo, con ser este dolor público por su desaparición, el mejor reconocimiento a su virtud de tolerancia sin cobardía, su significación en la vida nacional recién se comprenderá cuando nuevos hechos reclamen aquellos sus discursos inflamados de fe cívica, predicando la lucha cuando ella fué necesaria para restablecer la legalidad conculcada, exaltando la unión de todos los demócratas con el recuerdo de aquel batallón universitario donde militara su ilustre padre el doctor Hipólito Gallinal junto a Teófilo Gil y a José Batlle y Ordóñez en los campos del Quebracho y junto también a otros hombres jóvenes pertenecientes a partidos divididos por la tradición y hermanados por el culto del ideal. Cuando se necesite aquella fervorosa elocuencia con que su figura de Quijote y su prestancia señorial, conmovían a las multitudes exaltando la solidaridad con los hombres que como Emilio Frugoni sufrieron junto a Gallinal, cárcel y destierro y con los cuales siempre estuvo dispuesto a afrontar las jornadas que el destino pudiera depararles. Entonces la República sin distinción de partidos comprenderá que su dolor de hoy llora por la pérdida de uno de sus más grandes ciudadanos.

La vida política de Gallinal, con ser admirable y fecunda, por sí sola no nos da la visión plena de su personalidad múltiple. Su magisterio moral, coincidiendo o discrepando con él, fué fruto irrenunciable de una personalidad reciamente tallada, que en el abogado se manifestó en el escrito severo, siempre con alma y espíritu y en la consulta penetrante y convincente que conducía como de la mano para contagiar y convencer de su verdad. En el escritor que fué Gallinal, lleno de ideas y de emoción propias, de estilo claro y bello, como que reflejaba su propio yo; la militancia política que cumplió con abnegación sin límites, lo alejó de su vocación primaria. Muchas veces nos decía su afán y su esperanza de volver a sus libros, pero es virtud y tragedia del estadista vivir y morir aferrado a su afán por el bien común.

En el profesor de Literatura o de Legislación del Trabajo, reveló su anhelo de belleza y de superación, de preocupación por el destino y la felicidad del hombre dentro de una organización social y económica hecha con amor y con justicia.

Perteneció a una generación que obló con total renunciamiento su contribución a la causa pública. Y Gallinal más que ninguno, que pudo llegar a crear un gran estudio de abogado o a cimentar una gran fortuna, que condiciones le sobraron para ello, ofrendó su preocupación casi con totalidad a la política. A los que prefieren ser espectadores y distraen su egoísmo criticando o utilizando a los políticos, debé llamarlos a reflexión el ejemplo de su sacrificio por los intereses colectivos. No conoció el miedo de vivir, vivió con heroísmo su destino, y su pobreza ejemplarizante e injusta, afirma, prueba y evidencia cómo fué fiel por entero, sin retaceos y sin cálculos, a la ruta de sacrificio que se trazó.

Representó al país en el extranjero con dignidad y eficacia; su señorío espiritual reflejó honor sobre la República; quebrantó su vocación de artista que creó obras bellas y duraderas en el libro, en la investigación histórica, en

el artículo periodístico o desde sus cátedras, para ocupar su puesto de combate. Desde los primeros pasos en la política, pasando por las épocas duras del alumbramiento del Nacionalismo Independiente, luchó sin tregua y sin pausa, con energía y en puesto el primero en la vanguardia, sembrando con ademán generoso su verdad a todos los vientos y a través de todos los caminos de la República.

Y estoy seguro que en humildes ranchos, en estancias, en pueblos y ciudades de nuestra campaña, hombres y mujeres que en los últimos 30 años siempre vieron a Gallinal afrontar con decisión todas las responsabilidades que la República le exigió, de Artigas a Rocha y de Colonia a Cerro Largo, en sus corazones sentirán congoja intensa reviviendo un pasado que ya no podrá volver.

Su oratoria parlamentaria, el discurso de la última Convención del Partido Nacional unido, el proceso del marzismo, sus discursos en las Convenciones para salvar y asegurar la existencia de nuestro Partido, su presencia y su acción como conductor e intérprete de corrientes poderosas de opinión partidaria y nacional, mostraron en Gallinal una virtud de apóstol que superó los marcos partidarios, donde fué durante décadas la personalidad más eminente, para colocarlo en la cima que sólo alcanzan los más preclaros varones de nuestra patria.

Dominador de auditorios con su verbo y su prestancia, verdadero señor del discurso, frente a tanto "robot" de la oratoria, unió la perfección formal del léxico a la profundidad del concepto, al alma y al sentimiento que impulsaba su palabra y su acción.

Su política cabe definirla y comprenderla diciendo que "nuestro tiempo es ejemplo vivo de lo áspero que es actuar en caminos apartados de los extremos. Los espectadores siempre han preferido el espectáculo apasionado que halaga sus preferencias y sus inclinaciones y se han sentido defraudados ante la ejecución parsimoniosa de la obra de gobierno. Sin embargo, la política, como la vida, ha de curarse de toda veleidad exagerada, y ha de ser, ante todo, moderación. Una gran política es una gran moderación. Es la política que mira a hacer lo que es posible y lo que ha de ser duradero. A veces contenta a pocos en el momento, pero es la única que llega lejos".
contenta a pocos en el momento, pero es la única que llega lejos".

Fué Gallinal hombre de hogar y su alma dominada por el sentimiento que se prodigó en el cariño a su compañera dignísima y a sus hijos. Tuvo ellos amor de caballero a la antigua y preocupación incesante, y recibió de ellos la devoción y el cariño inmenso que permitieron al gran hombre tener firmes sus raíces para resistir y dominar los vendavales políticos.

En la pureza inmaculada de su vida privada, en la profundidad de su fe religiosa sentida y practicada calladamente y sin alarde, como los que no la tenemos pensamos que debe ser la fe verdadera, en su valor moral y cívico que hicieron respetable y respaldada toda su acción política y que a quienes en la rueda amiga que no tenía dogmas alguna vez discrepamos con él, nos hicieron mantener inalterable el afecto y la admiración tanto como

el diario diálogo amistoso que jamás se interrumpió.

Yo quiero expresar mi respeto por su profunda sinceridad política. Yo quiero decir aquí, también, como el hombre de excepción que fué Gallinal, llegó un día al Ministerio de Ganadería y Agricultura llevado por el gobernante doctor Juan José Amézaga. Tuve el honor de ser su colaborador inmediato y entre los muros de la vieja casa de la calle 25 de Mayo, Gallinal prodigó su inteligencia, su bondad, su cultura inmensa y su visión de estadista. Con su confianza y su lealtad personal y política estimulaba y multiplicaba el esfuerzo de sus colaboradores y en leyes fundamentales y en interpretaciones consagratorias, quedó probada su capacidad de auténtico hombre de gobierno. Afrontó tempestades, dominó y convenció auditorios rebeldes e inquietos, ganó aplausos sin pretenderlos con la sola enunciación de sus grandes principios orientadores; en memorables asambleas ruralistas, recuerdo un Congreso de Salto y la Exposición del Prado de 1946, demostró cómo se defiende el interés nacional integrando en él con justicia y con verdad, todos los otros intereses parciales. Trabajador incansable, el tiempo breve de su mandato no le impidió labrar hondo, y en esa jornada en la cual, con excepción, tuvo colaboradores de real valía, evidenció que el hombre de meditación y de estudio, aplicando ese estudio y esa meditación, era un admirable hombre de gobierno que no se improvisó, sino que apareció en su plenitud como aparece la estatua al descorrerse el velo revelando la obra maestra que en Gallinal se forjó en el hogar patricio, en la Universidad en que se doctoró a los 22 años, en la lucha candente de la Asamblea y de la plaza pública y en su vigoroso talento nutrido por su afán incesante de saber más.

En esta hora de triste y melancólica despedida, cuando diciendo adiós para siempre a los despojos mortales de nuestro amigo, despedimos un pedazo de nuestra propia vida, sus amigos podemos decir que en la vida de la República, en la historia del Partido Nacional que fué y del Partido Nacional que vendrá, en la ejecutoria del Partido que quiere asegurar la continuidad en la altivez cívica entre una y otra época, nunca tantos debieron tanto a tan pocos. Y estos pocos, mucho debieron a quien, elevándose para orientarse, supo ser maestro, guía y amigo insuperable, a quien fué gran señor y caballero cruzado del civismo, de la política y de la amistad.

Desde hoy, por la luminosidad del destino de nuestra República, por la grandeza en estilo de decoro cívico del Partido Nacional Independiente y por la esperanza de un gran Partido Nacional al servicio de la democracia y de la libertad capaz de gobernar a nuestro país con austeridad y honradez republicanas, velarán las sombras tutelares de tres grandes ciudadanos de la patria: Martín C. Martínez, Alfredo García Morales y Gustavo Gallinal.

Mirando en perspectiva su vida entera que constituyó un holocausto permanente de sí mismo a la colectividad, valorando la profundidad de su talento, la admirable universalidad de su cultura, la exquisita bondad de su alma, su condición de artista verdadero para decir y para escribir, habituado a hallar la frase impecable y el concepto breve y sentencioso, al evo-

car hoy sus amigos con dolorosa persistencia horas inolvidables de afectuosa camaradería sabiendo que nunca más se incorporará a nuestra peña con su gesto y su sonrisa, comprendemos que con la muerte de Gustavo Gallinal se quebranta el panorama cívico y cultural del país con el abatimiento de una cumbre.

El gobierno de la República merece nuestro emocionado reconocimiento por los homenajes públicos decretados y también lo expresamos por la forma sentida íntimamente en que el Parlamento, Poder Ejecutivo y Poder Judicial han interpretado el sentimiento nacional. Las armas de la patria que saludan reverentes con los máximos honores al ex Consejero Nacional y senador doctor Gustavo Gallinal, tienen un sentido de justicia histórica y definitiva y estoy seguro que desde el allá aquel espíritu romántico y luchador que preso por la dictadura arengó a la fuerza salida de cauce legal para que cumpliera su juramento de defender la Constitución, siente hoy confortación al contemplar lo que es juicio de la historia y seguridad de que hoy por siempre esas armas están al servicio de la patria, de la Constitución y de la ley.

En el Parlamento de Francia, alguien reprochó una vez a Raymond Poincaré, estadista que como Gallinal supo separar abogacía y función pública, que se había pasado su vida pleiteando; y él contestó con altivez: Sí, pero he pleiteado por Francia. Gustavo Gallinal luchó siempre por su patria libre y democrática y por eso aquí, junto al dolor profundo de sus familiares y al de todos quienes gustamos el sabor de su intimidad, están pueblo y gobierno hermanados en el reconocimiento de que la República ha perdido a uno de sus hijos más ilustres."

EL DOCTOR SALVADOR GARCIA PINTOS

La Cámara de Representantes me ha conferido la misión de despedir, en su nombre, los restos mortales del Dr. Gustavo Gallinal.

En la sesión que esta mañana celebró este Cuerpo para sancionar los honores fúnebres dispuestos para este acto, se evocó con toda verdad por todos los sectores, los altos méritos de ese espíritu selecto que fué Gustavo Gallinal, cuya envoltura corporal entregamos a la tierra, con profunda congoja.

Los anales parlamentarios guardan entre sus más brillantes páginas la descollante actuación de este eminente hombre público. Está impreso en toda ella, el sello inconfundible de la distinción en el lenguaje, de la profundidad en el concepto y de la firmeza en sus convicciones. Fué el arquetipo del parlamentario sagaz, penetrante y elocuente, instintivamente orientado hacia las soluciones que mejor contemplaran los intereses de la Nación. Si con frecuencia improvisaba la palabra que, con admirable espontaneidad y armonía acudía a sus labios, nunca improvisaba sus ideas. Prefería callar. Sólo hablaba de ellas cuando el examen y la meditación las habían madurado y las había templado en la ecuanimidad, propia de los espíritus serenos, hechos al hábito de una fuerte vida interior. No obstante haber sido Gustavo

Gallinal un espíritu introvertido, más inclinado al sosiego de las visiones internas y a la contemplación, con marcada vocación profesoral revelada en múltiples formas de docencia, no pudo eludir el llamado de la militancia en la política activa, y desde su juventud, dividió sus horas entre el estudio y las arduas lides partidarias, donde también descolló con la prestancia de los grandes caballeros. Fué Gustavo Gallinal un señor de la Política, para quien los partidos, desde los cuales se le sirve y con ella se sirve al país, son apenas detalles accidentales, como los son las distintas trincheras desde donde se defiende un patrimonio común. Este concepto de facción política diferente, en que se disgrega la ciudadanía, prestó a la actitud pública de Gustavo Gallinal, su carácter de impersonalidad política, de su tolerancia política y aún mismo, de su fraternidad en la política, que lleva a distinguir las personas de las ideas por ellas sustentadas. La unanimidad del sentimiento doloroso y del recogimiento nacional en este momento de la entrega

Es bien el reflejo de aquella lección de firmeza y de tolerancia, de brillo y devoción en el servicio público, que fué, en resumen, la vida de Gustavo Gallinal. La muerte acaba de interrumpir bruscamente su trayectoria, que aún se desenvolvía en el zenit de una madurez provechosa, cuando los suyos, su partido, el Nacionalismo Independiente y su país, tanto necesitaban su presencia.

Servidor de ideales, como hoy se dijo en Cámara, Gustavo Gallinal, no obstante estar en contacto cotidiano con los candentes acontecimientos de la Política, mantenía siempre encendidas las altas lámparas del espíritu, en una permanente vigilia de los ideales más puros y de los sentimientos más sanos que pueden ennoblecer la vida de un hombre. En lo intemporal, permaneció inalterablemente adherido a la Fe de sus mayores; en lo temporal, puso a la Patria y dentro de la Patria, a la libertad democrática, en el sitio ineludible y primario de los deberes ciudadanos. Luego, la familia que, desafiando a la vida, por cierto esquivando para él en bienes materiales, él fundó generosamente con numerosa prole. Y por fin, el esteta y el purista de la lengua, rindió pleitesía a las bellas letras, en las que también fué un maestro. Nacido para volar en las alturas, ese espíritu de elección, abrazó los más amplios horizontes en todas las dimensiones de la espiritualidad. Es esta bella vida la que acaba de recogerse en el sosiego de la muerte, que para él era acogerse en el regazo del Creador. La serenidad de sus últimos instantes respondía a esa convicción. El país deplora su definitivo alejamiento, como la pérdida de sus mejores hijos e incorpora su memoria al rico acervo de la de sus grandes servidores. Y yo, en nombre de la Cámara de Representantes, despido con estas palabras de pesadumbre a quien fuera uno de sus más preclaros integrantes.

EL ARQUITECTO GUILLERMO ARMAS LLEVO LA REPRESENTACION DEL CLUB CATOLICO

El Club Católico de Montevideo, no podía faltar en este momento de

profundo dolor, que embarga al país entero, demostrado en esta imponente manifestación de pesar, con motivo de la muerte de este ilustre ciudadano, que fuera el doctor Gustavo Gallinal.

Pero hay dos razones por las cuales el Club Católico debe estar presente.

Habéis oído expuestas con brillantez las innumerables cualidades que poseía el doctor Gustavo Gallinal, pero si el catolicismo nacional y el país le deben al doctor Gallinal innumerables servicios difíciles de saldar, es otra arista y es otra faceta de su personalidad, la que yo quiero destacar.

Como Presidente del Club Católico, como escritor ilustre, como Legislador, como Embajador y como Gobernante, destacó siempre su personalidad, pero lo que me interesa hacer resaltar es que en cada uno de esos pue- los apareció siempre el hombre de fe, el católico integral, e imbuido en estos ideales fué forjando su personalidad, que se agigantó en forma tal, que yo la puedo comparar con una de esas imponentes rocas, recias y firmes en su aspecto exterior, pero que al mismo tiempo son capaces de hacer brotar desde sus entrañas la cristalina fuente que sacia la más ardiente sed.

Así fué la vida del doctor Gustavo Gallinal, una fuente cristalina y a la manera de Rodó, sació la sed espiritual de sus conciudadanos.

Pero otra razón tenía el Club Católico para estar aquí presente y es la de poder ofrecer lo que sólo podemos ofrecer los creyentes: una oración al Altísimo para que él le permita también a su vez saciar su eterna sed.

EL SEÑOR JULIO E. TRIAY INGLADA HABLO EN NOMBRE DE LA COMISION DEPARTAMENTAL

No queremos dejar el juego de la emoción, lo que pudiéramos decir, al despedir a Gustavo Gallinal, en nombre de la Comisión Departamental Nacionalista Independiente de Montevideo, y por eso leemos, Recordamos que, cuando hace ya varios años, acompañamos hasta este mismo lugar, a los restos mortales de Alfredo García Morales, alguien, frente a los homenajes oficiales que se le tributaban, dijo que le extrañaba todo ese despliegue, porque los blancos estábamos acostumbrados a custodiar solos a nuestros muertos, pero juzgaba que, por fin, el valor verdadero de ellos había sido reconocido en otras tierras.

Algo similar ha pasado aquí, y cuando traemos a un blanco, a un gran blanco, a que repose en paz, lo hacemos acompañados de todo el país, ya que gobierno y pueblo, sin distinción de matices ni opiniones, nos acompaña en nuestro legítimo y profundo dolor.

Falta tan sólo, para que la justicia sea completa, que se abra el nomenclator municipal, cerrado hasta ahora para el homenaje a nuestros hombres.

Y entonces, desde ese momento, aparecerán entre las calles de Montevideo los nombres de Aparicio Saravia, del coronel Lamas, de Washington Beltrán, de Martín C. Martínez, de tantos otros que estuvieron destacándose en nuestra historia y de Gustavo Gallinal.

Pero no vamos ahora, en este más que somero recuerdo de su personalidad, a hablarles de Gallinal, destacado político; de Gallinal, fecundo literato, ni de Gallinal, historiador minucioso y consciente.

Vamos a recordar tan sólo, porque eso sí nos corresponde, a Gustavo Gallinal, correligionario destacado en su partido, hombre de profunda convicción democrática y luchador de todas las ocasiones, ya fueren buenas o malas.

Los que tenemos verdadera convicción de nuestros sentimientos partidarios, los que sentimos el poder de la fuerza blanca, tan íntimamente como es posible, estamos orgullosos de haber tenido a nuestro lado, en una lucha igual —como si valiéramos lo mismo— a un hombre como el que hoy traemos aquí.

Y nuestro orgullo seguirá, aún dentro de nuestra pena, porque siempre queda en las colectividades partidarias el ejemplo de los grandes valores que no vacilan en atender hasta la minucia sin importancia aparente, que podrá ser problema insoluble para otro correligionario menos apto.

Así vimos a Gallinal, durante mucho tiempo, actuando como dirigente en fuerzas montevidéanas —recordamos a la desaparecida Agrupación "Progreso Cívico" y a la actual Agrupación "97" —y representando en el Parlamento a este minúsculo trozo de tierra que contiene nuestra capital.

Pero el correligionario que vivía las dificultades de Montevideo, tenía puesta la mirada en cualquier otra parte en que el partido necesitare su apoyo, un consejo o la aclaración de una duda. Y así, cuando Gallinal fué postulado por sus amigos montevidéanos —entre los que en aquella época nos contábamos— para el Consejo Nacional, el partido supo reconocerle y brindarle el sitio que, hasta entonces, ocupara Arturo Lussich, para que actuara y se destacara junto a Ismael Cortinas y Alfredo García Morales. Infelizmente las circunstancias, porque no queremos decirlo de otra manera, alejaron a Gustavo Gallinal de aquel Consejo que se hubiera honrado con su actuación y desde entonces, de nuevo en el llano, comenzó en el extranjero y en el país, a luchar sin desmayo, apoyándose, al parecer —como si tuviera una rara firmeza— en las palabras de recuerdo que desde aquí pudiéramos hacerle llegar, como nos lo manifestara Don Hipólito, su padre, cierta vez que a su casa de la Avenida Brasil llegamos, en procura de noticias del proscrito.

No vamos a decir más de ese buen correligionario que todos conocían, de mirada triste y gesto distraído, que unas veces nos veía y nos saludaba cariñosamente, en tanto que otras, abstraído en quien sabe qué elevados problemas, pasaba a nuestro lado como si persiguiera un miraje.

No vamos a decir más del hombre que nos trató a todos con singular amabilidad y bonachona atención, tanto cuando fué Consejero Nacional, como cuando fué Ministro de Ganadería y Agricultura, y como cuando llegó de Buenos Aires a retomar la lucha en su propio suelo.

Hijos del doctor Gallinal:

Vuestra madre, hace ya algunos años, en una de las tantas reuniones

de comités femeninos que se han realizado en la Casa del Partido, decía sonriendo que ella no iba a tener una militancia activa, ya que se creía eximida de ello, en razón del grupo numeroso de ciudadanos —vosotros— que había allegado a nuestra causa.

Y ella tenía razón, porque al tesón de su compañero había agregado todas las voluntades de ustedes, para sostenerlo.

Pero ahora que el padre ha desaparecido, deben los hijos impulsar su memoria, todos los momentos, actuando con el mismo ahinco que él.

Hijos del doctor Gallinal, pues, en nuestras filas hay un claro que ustedes deben ocupar de inmediato, para suplir a vuestro padre, no con las posibilidades de su alto conocimiento, sino, por lo menos, con singular insistencia en la acción.

Y para todos, como enseñanza que este hombre que fué nos deja, con ese ejemplo que hoy deseaba Adolfo Tejera, que nos sirviera siempre, recordemos una vez más, lo que dice valorizando al ciudadano, en "Uruguay hacia la dictadura", cuando expresa:

"La democracia es, por excelencia, un régimen de dignidad humana. El valor humano se cotiza más alto que ninguno. El ciudadano es la creación magistral de la civilización de occidente, nutrida por raíces clásicas y cristianas: plenitud de la humana jerarquía, titular de derechos inalienables. Rico o pobre, puede permitirse el británico orgullo de la personalidad. En lo alto o en lo bajo de la escala social, posee un patrimonio moral, del que no puede despojarlo el poder público."

Deseemos ahora que este hombre, este gran ciudadano desaparecido, descanse en el lugar donde, según sus creencias, van los justos.

EL SENADOR ZAVALA MUNIZ

En nombre del Senado de la República hizo uso de la palabra el señor Justino Zavala Muniz, cuyo discurso no insertamos en razón de haber sido improvisado.

El orador se refirió a la personalidad intelectual del doctor Gallinal, resaltando los aspectos más salientes de sus actividades científicas, y a la actuación que le cupo en el Senado de la República donde actuó con capacidad y responsabilidad, contribuyendo eficazmente a enriquecer la legislación nacional.

También recordó el señor Zavala Muniz la indeclinable militancia democrática del doctor Gallinal.

Dr. WASHINGTON BELTRAN

Representando a la Agrupación parlamentaria del Nacionalismo Independiente, pronunció un sentido discurso a través del cual analizó la actuación política y legislativa del doctor Gallinal.

En razón también de haber sido improvisado, no damos la versión del mismo.

HOMENAJE DE LA JUNTA DEPARTAMENTAL DE MONTEVIDEO

Transcribimos la versión taquigráfica de la sesión en que la Junta se hizo eco del fallecimiento del destacado ciudadano:

Se somete a consideración una moción formulada por el Edil, señor Luis Fidel Calleriza, solicitando la designación de una calle de la ciudad con el nombre de "Dr. Gustavo Gallinal", el envío de una nota de condolencia a sus deudos y que la Junta, en su homenaje, se ponga de pie.

Doctor Brunet Bengochea. — Señor Presidente: La ausencia, en esta Junta, de un representante del Partido Nacional Independiente, no es obstáculo para que hoy, el Partido Nacional —hermano en el ideal— rinda homenaje cívico a uno de los valores ciudadanos más preclaros, cuya vida ejemplar ya pertenece a la sagrada custodia de la Nacionalidad. Gustavo Gallinal ha muerto, dejando para las nuevas rutas de la Democracia, enseñanzas de sembrador. Su personalidad ilustre abarcó la tridimensionalidad del espacio mental: hombre de fe; hombre de pensamiento; hombre de Estado. Hombre de idea tuvo un sentido uncinatorio y constructivo de la espiritualidad; cultivado en el estudio, con entrañable ahinco, los problemas más arduos de la Teología y de la Metafísica; vivió para el ejercicio rector de las virtudes cardinales del Evangelio, que realizó con maravillosa prodigalidad de apóstol. Con esa misma fe formó digno hogar, estampa iluminada de un capítulo del Sermón de la Montaña. Hizo de su hogar un templo a la decencia y al honor, proyectado en una encendida evocación de infinito. Su estructura psíquica poseía el privilegio de la espontánea generosidad; fluía de ella el sabor ático de sus concepciones, verdadera potencia anímica del hombre, que supo, en actitud de rodillas, adorar a Dios, tensa facultad intelectual que, según concepto de filósofo, nos separa y a la vez nos diferencia definitivamente de la animalidad. Creyente en su religión, a la cual guardaba sagrario en su corazón; creyente en el fuerte guarismo de carácter que, de acero supo forjarlo en la adversidad, en la pobreza y en la austera plenitud de la conducta; creyente en el Dogma de nuestra Democracia, que abre anchos horizontes a la fraterna polarización de la ley pública, alrededor de los principios capitales de su actual victoriosa organización institucional. Hombre de fe; supo dignificarla con la permanente siembra de su inmensa moral cristiana. Hombre de pensamiento edificante, donde se hermanaban

la arquitectura de su forma impecable con la profundidad de su fondo creador. Continente y contenido; modulación y sustancia; verdadera simbiosis intelectual; sorprendía por su sobriedad helénica, por su intangible armonía en la urdimbre de una revelación; por el alto lenguaje de cultura que irradiaba su decir, en la lengua inmortal del Quijote. Hombre de letras; que sabía buscar en la palabra, como artífice del cincel, la mágica exteriorización de los sentimientos; que ponía toque de luz en su verbo, pleno de cadencias; que intuía de los seres y las cosas, sus videncias más profundas; filósofo y literato; razón y canto; en una extraordinaria expresión de jerarquía estética. En su cátedra de Literatura, muchas veces, lo vimos como Gorgias, el de la parábola inimitable, despedirse de sus jóvenes discípulos, porque cada una de sus inolvidables lecciones, paseía el magnetismo subyugante de una creación. Gustavo Gallinal dejaba, en el cálido ambiente de la clase, su última enseñanza como una luminosa peregrinación de lampadóforos. Es que era él, la definición del perfeccionamiento interior; la evolución, en belleza de ser, de un ideal que por la escala ascendente de su luz, en una afirmativa resurrección de renovados pensamientos, pretendía, en cada hora, captar la gracia y la eternidad de la juventud. Docencia de jóvenes que es lo mismo que decir porvenir y aliento de civilización; brillaban en sus pupilas como desborde exquisito de su sensibilidad, al dejar, en el ambiente auspicioso de las mañanas, su aula incomparable, canto de Ariel, en el juguete egregio donde se sintetizan todas las esencias del espíritu. Diríase que el genio escultórico de la palabra; que Rodó, por maravillosa metempsicosis, habitaba la atmósfera iluminada de su alma. Se cumplía en su destino, la frase del Maestro de América: "La juventud es un tesoro de cuya inversión sois responsables". Hombre de Estado, en la integral concepción del término. La República no tenía misterios para su potente mentalidad. Conoció todas las dignidades de la Democracia: constituyente, diputado, senador, ministro, consejero nacional. En todas ellas siempre dejó el sello maduro de hombre de la libertad. Manejaba, con fecundidad, sus palpitantes y vitales problemas políticos, económicos, sociales y jurídicos. Era un estudioso del Derecho, que ahincaba su labor en la búsqueda incansante de la ecuación de la felicidad colectiva; que profundizaba todos los temas de interés público, para desentrañar, de sus esperanzas, las mejores y más viables realizaciones. Gustavo Gallinal tuvo, en política, la virtud de saber atender y saber comprender. No conoció la norma rígida de las soluciones, cuando del bienestar nacional se trataba; sabía agilitar con elevación de propósitos, el planteamiento de todos los reclamos y atender las necesidades multitudinarias, cuando ellas incidían sobre los centros neurálgicos de la vida del país. Nada, ni nadie torció, después de comprender, su pasión y su fe en los nuevos destinos de la Nación. Una invariable consecuencia ideológica impregnó sus decisiones políticas, en los últimos tiempos. Y ahí lo tenemos, en su más grande visión de estadista, al desprenderse de muchos de sus amigos políticos de la víspera, para entregarse, como patriota y como blanco, en la integridad de su ser y de su hacer, en acción y

devoción, a la causa de la República. Fué gallardo paladín de la Nueva Constitución que acaba de plebiscitarse; la campaña y la ciudad recibieron la bendición democrática de su acento y de su convicción. Olvidó, en gesto de rebeldía, la amistad de los hombres, para sentir más de cerca el latir pujante del corazón de su tierra, que aspiraba a constituir una Carta Fundamental que diera a todos los orientales, las mismas posibilidades, en un idéntico clima de democracia representativa. La muerte de Gustavo Gallinal, tiene todas las sugerencias de un símbolo. Es el hombre de excepción, que se liberta, en su hora, de círculos partidarios, porque su espíritu, demasiado grande, en su inicial vuelo de serenidad, no podía ser prisionero de la intolerancia. Tenía que moverse en claridades de libertad; tenía que ascender, en mensaje fraterno, hacia el reino donde viven su inmortalidad, las figuras tutelares del Partido, para decirles que la República festeja, con campana de bronce, la inmensa Navidad, en el advenimiento de una nueva fórmula constitucional que una a los auténticos orientales. Sugerencia de símbolo con mensaje eterno hacia aquellos que sirvieron en las horras cruentas de los campamentos o en las tranquilas y fecundas de la paz, a las nobles intenciones de crear una patria sin exclusivismos demagógicos y decadentes que pudieran alterar el pulso robusto de los hombres libres. Símbolo de unión del Partido Nacional que en una hora trascendente, que en momento augural, se eleva hacia los ciclos para ser portador, a nuestras glorias, del saludo inmenso de la gratitud, ya que ellas en deliberar de héroes han inspirado esta etapa de civilización política y de cultura nacional. Por su esencia y videncia de alma, Gustavo Gallinal, es el primer ciudadano, embajador de esta aurora; de este instante vértice en los anales de la civilidad, que nos da caminos de Democracia para marchar con firmeza de ideales hacia el permanente reinado del Derecho y de la Ley. Dejo con estas palabras, el fundamento afirmativo de mi voto a todos los justicieros homenajes que la Junta tribute a la memoria de la recia personalidad del Dr. Gustavo Gallinal.

Señor Calleriza. — Consecuente con lo expresado por el que habla en la lamentable desaparición física del insigne ciudadano que se llamó en vida César Mayo Gutiérrez y ante el fallecimiento del inolvidable Inocencio Raffo Arrosa, decía, para apoyar con lealtad cívica, al votarse en el seno de esta Junta, honores a la memoria del primero de los nombrados: "Los hombres públicos, cuando salen del margen de la política, de esa que no tiene sentido y se forma y se agranda con egoísmos y odios, cuando llegan a una plenitud moral y cívica, como llegó Mayo Gutiérrez — como todos aquellos políticos que pasan a la posteridad — dejando en el recuerdo im-percedero la enseñanza emocional de amor y sacrificio por su pueblo, yo entiendo que todos les debemos el homenaje de nuestro recuerdo. Pero debo agregar algo más, algo que está en mi pensamiento y sé que está en el corazón de todos los hombres de bien, que apartándonos de la circunscripción estrecha de los partidos políticos, cuando un hombre ha cumplido una

misión o muchas misiones en beneficio del país, pasa al recuerdo de las generaciones del futuro y es entonces que les debemos el homenaje de nuestro agradecimiento. Así sea hoy para César Mayo Gutiérrez como mañana para cualquier personaje calificado de nuestro país que merezca el honor de que una calle o avenida lleve su nombre. Entiendo que debemos estar todos contestes en que por sobre todos los partidanismos, por encima de los colores políticos que muchas veces omnubilan la razón y la justicia, lejos del encono y la maledicencia —por lo bello que tiene la política— debemos reverenciar a los hombres que han sabido cumplir con su deber, que han amado a la Patria, desde el instante que cierran los ojos a la vida, camino de la inmortalidad". Así eran mis palabras emocionadas en aquellos lamentables momentos, que se repiten hoy ante lo inexorable del destino, para evocar la caída definitiva de un gran ciudadano que se llamó en vida, Gustavo Gallinal. Caída física que es pasajera, porque es material y transitoria, pero que es impercedera e inmortal en el recuerdo porque deja una savia de grandeza moral, de enseñanza constructiva y de belleza humana que yo sé que las generaciones del futuro aprovecharán en beneficio de los sagrados intereses de la comunidad. Pero, señor Presidente, para poder admirar los extraordinarios perfiles del doctor Gustavo Gallinal, los que más se amoldaban a su exquisita persona, son aquellos destacados por el doctor Eduardo Rodríguez Larreta, en sesión extraordinaria del Senado y que dicen: "Pudo ser Gallinal un príncipe de la oratoria sagrada a lo Bossuet, tenía su tono y su inspiración. Pudo ser un escritor exquisito que reviviera las páginas gloriosas de Rodó, pero como a tantos en nuestro país, la espiral de la política lo absorbió y fué —sobre todas las cosas— un luchador por las grandes causas, un apasionado defensor de ideales con resonancias de político y con impecable sentido estético. Incluso en los momentos más azarosos, su voz trascendía serenidad, logrando a la vez convencer y conmover". Y agregaba el doctor Rodríguez Larreta: "Cuando lo veíamos pasear por las calles de Montevideo, magro y enjuto, como una figura del Greco, con ese su aire extraviado, no distraído, eran su sueños y sus preocupaciones las que lo absorbían; parecería pensar mejor en la calle, recibiendo el hálito de la multitud". Y yo agregó que mañana, cuando escriba la biografía de su recia personalidad, posiblemente la arista más interesante de su figura, para el bronce, será verlo pasar camino de la inmortalidad con el hálito sagrado y sublime de la multitud. Por esas razones y por no tener representación en el seno de ésta el Partido Nacional Independiente, formulo la siguiente Moción: 1º) Para que la Junta se ponga de pie en homenaje a su memoria; 2º) Para que se pase nota de condolencia a sus deudos; 3º) Para que una calle de Montevideo lleve el nombre del doctor Gustavo Gallinal.

Señor Bianchi. — Por encima de toda discrepancia política, por mi intermedio, la Bancada Batllista desea manifestar su total adhesión a los merecidos homenajes proyectados a la memoria del ilustre ciudadano que en vida se llamó Gustavo Gallinal. Hemos de votar esos homenajes con toda lealtad y con fervorosa unción.

Señor Verderosa. — Después de las palabras que se han pronunciado sólo quiero hacer una aclaración. Con distinguidos compañeros de esta Junta, hemos presentado un proyecto por el cual se dispone la no inclusión en el nomenclator de la ciudad, de ningún nombre de ciudadanos hasta que no hayan transcurrido diez años de su fallecimiento. A pesar de esa iniciativa, voy a votar el homenaje al doctor Gallinal y la inclusión de su nombre en el nomenclator, por tratarse de una ilustre personalidad y quizá uno de los hijos más preclaros de la República.

Ingeniero Buzzetti. — Quiero unir mi voz a los homenajes de exaltación de la figura magnífica del doctor Gallinal. Lo recuerdo en su misión de apostolado en la Universidad; gran maestro en sus cátedras de literatura y filosofía. Lo recuerdo en el aspecto funcional. El doctor Gallinal fué miembro informante del Plan de Obras Públicas de 1944, junto a la figura de César Mayo Gutiérrez. Una tarde me mandó buscar para que lo asesorara sobre una cantidad de obras que figuraban en ese plan y, en particular, en las obras de regadío. Conversé extensamente con ese hombre público y tuve la sensación de que estaba frente a un espíritu abierto a todas las superiores sugerencias y una fuerte mentalidad que sólo procuraba el bien del país y el bienestar de la ciudadanía. Posteriores actos de su vida cívica, afirmaron en mi conciencia la sensación de que se trataba de un eminente ciudadano y de un valor ejemplar de nuestra democracia y todos sentimos enorgullecidos cuando adoptó una posición clara y definida frente a hechos acaecidos en el país. Por todas esas circunstancias, quiero manifestar mi adhesión a lo expresado en este recinto a la figura magnífica del doctor Gallinal.

Señor Paladino. — Quiero también adherir a este homenaje. Por su actividad cívica, el doctor Gallinal dejó de ser hombre de Partido para convertirse en ciudadano de la República, de la Patria. Como Batllista, me inclino reverente ante su memoria.

Contador D' Aiuto. — Deseo expresar mi más sincera adhesión a los homenajes que van a tributarse al ilustre ciudadano, doctor Gustavo Gallinal. Como ya lo expresara el señor Paladino, el doctor Gallinal no perteneció a nuestro Partido político, pero por sus excelentes condiciones de hombre civil, de universitario y de político, ostenta títulos más que suficientes para acreditarle los honores proyectados y para hacerlo acreedor a la consideración pública. Reverentemente me inclino ante esta figura excepcional y doy mi voto para que se le rindan los homenajes a que tiene derecho, por su preclara trayectoria cívica y moral.

Señor Fresco. — Voy a sumar mi adhesión, con toda reverencia, a los honores que se proyectan en la esfera municipal, frente a la desaparición de tan ilustre ciudadano. No me extenderé en la consideración de su enorme personalidad ciudadana, porque ya lo han hecho los demás señores Ediles que me han precedido. Simplemente quiero decir que si en algún momento, el pensamiento de Juan Zorrilla de San Martín, podría ubicarse con precisión

y con exactitud en el bronce que perpetúe la memoria de un ciudadano desaparecido, es en el caso de la muerte de Gustavo Gallinal, que bien puede ostentar aquella magnífica leyenda de Zorrilla de San Martín: "Velar se debe la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte". De las palabras unánimes de los Ediles de los distintos sectores, surge evidentemente la ratificación de ese pensamiento. Gustavo Gallinal supo vivir su vida de tal suerte, que viva queda en el momento de su muerte. De todas las facetas de Gallinal podría hacerse un larguísimo alegato, porque se destacó en las distintas esferas en que le cupo actuar. Por encima de su función de catedrático, de escritor, de orador y de político, quiero situarlo en lo que me es espiritualmente más tocante a mis sentimientos. Quiero situarlo como hombre de familia, de fe, que ha tenido —lo que para mí es una bendición— la selección de uno de sus hijos para ofrecerlo al sacerdocio, continuando la prédica del evangelio, que llevó a Gallinal a una militancia de excepción. Rindo pues, en nombre de la Unión Cívica del Uruguay, nuestro más sentido homenaje en este momento y doy nuestro voto de total adhesión al homenaje que se proyecta a tan ilustre ciudadano.

(Muy bien).

Sr. Pivel Devoto. — Sr. Presidente: Solicité la palabra para dejar constancia de mi solidaridad con todas las expresiones que se han formulado en Sala respecto a la personalidad ilustre del doctor Gallinal, y sin extenderme en ninguna consideración, creo que la mejor definición que de él podríamos hacer, es la que hizo uno de los oradores, en el acto de inhumación de sus restos. "Sencillo y grande en la vida; grande y sencillo en la muerte". Para complementar la moción presentada por el Sr. Calleriza, mociono para que se remita a sus deudos la versión taquígráfica de las palabras que se pronunciaron en Sala.

(Apoyados. Muy bien).

Votados por unanimidad los homenajes proyectados en la moción del Edil señor Luis Fidel Calleriza, se dictó el

DECRETO N° 7981. — "Artículo 1º) Ponerse de pie en homenaje al doctor Gustavo Gallinal y remitir nota de condolencia a los familiares. — Artículo 2º) Recábase de la Intendencia Municipal la designación de una calle de la ciudad con el nombre de "Doctor Gustavo Gallinal". — Artículo 3º) Comuníquese."

HOMENAJE

A LA

MEMORIA DE

GUSTAVO GALLINAL

DISCURSOS Y

COMENTARIOS

DE LA PRENSA

Enero de 1952

LIBRARY OF THE
BOSTON PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION
222 NASSAU ST. N.Y.C.

1923

Imp. Artigas